

"Imitación de María"



Tomás de Kempis

Preparada por
Nuestro sitio Web
"Oraciones y Devociones Católicas"

†††

INTRODUCCIÓN

Entre los muy numerosos y considerables escritos de Tomás Hemerken, más conocido como Tomás de Kempis (1380-1471), se han tenido en cuenta sobre todo aquellos que, armónicamente completados en cuatro libros, ostentan el título de *Imitación de Cristo*. De esta obra nos han quedado innumerables versiones en varias lenguas en el transcurso de los siglos, dado que, después de la Sagrada Escritura, ha sido siempre el más leído y es considerado, con todo derecho, la guía espiritual de quien se propone cultivar en serio su propia vida interior. Bossuet lo definió como "el quinto Evangelio" y el padre Olivet: "el más hermoso libro salido de las manos del hombre, ya que el Evangelio ha salido de las manos de Dios.

Con este libro de oro se formó un contingente de santos, como surge de la biografía de no pocos de ellos. Causa extrañeza, sin embargo, que al ordenar los escritos de Tomás de Kempis, no se haya advertido la oportunidad de recopilar en un volumen aquéllos, igualmente preciosos, de contenido mariano. Fue una grave omisión. En efecto, por una parte se descuidó todo lo que el autor había escrito, magníficamente por cierto, acerca de la Virgen como "providencial camino a Cristo y Dios y por otra parte se mantuvo prácticamente oculto a muchas almas, durante siglos, el providencial camino mariano, trazado por los escritos del auténtico maestro de espiritualidad. No faltaron por cierto otros autores que hablaran, incluso de modo eximio, sobre la importancia de la Virgen en nuestra vida interior. Pero el punto en cuestión es que, al presentar esa cumbre de ascética cristiana que es la *Imitación de Cristo*, se dejó en silencio otra cumbre de la misma: la referida a María, tan bien ilustrada por Tomás. Cumbre que mantiene su condición de tal porque ha sido querida por Dios.

En suma, parece que de esta manera casi se ha mutilado desconsideradamente un maravilloso magisterio. Mientras leía los siete tomos en los que M. J. Pohl ha reproducido, en forma crítica, los escritos de Tomás de Kempis, me quedaba yo cada vez más encantado frente a las bellísimas páginas acerca de la Virgen, preguntándome cómo era posible que nos hayan presentado una *Imitación de Cristo*, excelsa pero prácticamente incompleta ya que no habla de María, la cual en los escritos y en el pensamiento del autor resulta inseparable de Cristo. No ha faltado quien, antes de mí, haya procurado interesarse por estos escritos marianos en tiempo relativamente cercano, pero no de manera sistemática y

orgánica. Sin embargo, sólo con los padres monfortianos Locatelli y Ferragamo se intentó recientemente una primera sistematización orgánica con la respectiva versión en italiano.

Ordenaron oportunamente el trabajo en cuatro libros y lo titularon *Imitación de María* en analogía con la *Imitación de Cristo*. Pero el trabajo, salvo para los que tuvieron la suerte de conocerlo, no parece haber roto la cortina de silencio que rodeaba los mencionados escritos. Debí afrontar una doble dificultad en la selección y en la organización de todos los escritos marianos de Tomás de Kempis y en su traducción al Italiano. La primera era inevitable, puesto que el autor no había concebido ni ordenado tales escritos con la intencionalidad de constituir un trabajo unitario. La segunda nos aconsejó respetar la plenitud semántica del texto latino y las mismas preferencias del éxito que lo valorizan, evitando lo que lamentaba Francesco D'Ovidio, según el cual todo traductor es siempre un poco traidor.

Con respecto al texto publicado por los padres Locatelli y Ferragamo, consideré útil conservar la división en cuatro libros, distribuidos en capítulos y subdivididos en párrafos enumerados. Pero me he servido de un criterio personal, que he juzgado más idóneo para la compilación de todos los textos marianos del autor; sin omitir ninguno, como también para su más adecuada organización y distribución en atención a un desarrollo lógico y consecuente. Además, me pareció útil ponerle a cada libro un título que indicase su contenido. Para la traducción al italiano, he seguido la edición crítica de las obras latinas del autor realizado por Pohl.

Este trabajo, que he procurado presentar con sistemática organización la preciosa enseñanza de Tomás de Kempis acerca de la Virgen, resultará una novedad para la mayor parte de los lectores, como ya se ha dicho.

También lo será para no pocos cultores de teología y de espiritualidad y puesto que a Cristo se va a través de María, la *Imitación de María* se presenta como un precioso itinerario hacia él. Junto con la *Imitación de Cristo*, constituirá un inseparable binomio. Algo así como una vía providencial para cuantos desean comprometerse seriamente en la vida espiritual. Todo esto nos ayudará a comprender mejor la función maternal de María para con nosotros y su inseparabilidad de la de Cristo, como afirma el cardenal Anastasio Ballestrero en su hermoso volumen titulado *II misterio di Maria* (Piemme, 1995). "No soy yo quien busca a María, sino que es Dios quien me la ofrece; no soy yo quien la ama, sino

que es el Señor quien me indica que la ame". Somos llamados para amar a María como ha sido amada por Cristo y; antes aún, por Dios Padre. ¿Qué suscita en nosotros esta fe? ¿Qué significa llevar adelante una relación personal con la Virgen, conscientes de que no somos nosotros quienes buscamos a María, sino que es el mismo Dios el que la pone en nuestro camino, el que la pone en nuestra vida del mismo modo como puso en ella el misterio de la encarnación?

En un mundo en el que el sentido del pecado ha desaparecido, el sentido del bien se encuentra por lo menos apocado por el relativismo, y la transparencia de la vida es una utopía; en un mundo que ya no cree en la pureza de la conducta, contemplar a María puede ser un viático para nosotros, puede dar a nuestra vida profundas aspiraciones.

ROMOLO SBROCCHI

LIBRO PRIMERO ENCONTRAR A MARÍA

Capítulo I

Cómo saludar a la gloriosa Virgen.

1) Aunque yo no tenga mérito alguno y, al contrario, sea consciente de mis muy numerosos pecados, tengo sin embargo grandísima confianza en tu pasión, Señor Jesús, y en los méritos de la gloriosa santa Virgen María, Madre tuya. A propósito de ella quisiera detenerme un poco, rogando llegar a ser digno, ya que no puedo atreverme a acercarme a su persona sin haber obtenido antes su permiso. Bien sé que mi indignidad no debería presentarse ante la excelsa dignidad de aquella a quien los mismos ángeles veneran con admiración, exclamando: "¿Quién es ésta que se eleva sobre el desierto del mundo y rebosa de las delicias del paraíso?".

2) Por eso, dulcísima María, es inconveniente que yo, polvo y ceniza, mejor dicho más vil que el polvo por ser pecador y muy propenso a toda perversidad, me atreva a detenerme para considerar tu belleza y tu magnificencia. Tú, en cambio, encumbrada sobre el cielo, tienes el mundo bajo los pies y eres digna de honor y reverencia por el honor de tu Hijo. Tu inefable bondad, que sobrepasa toda imaginación, con frecuencia me fascina y atrae mi afecto, porque eres el consuelo de los afligidos y estás siempre dispuesta a socorrer a los miserables pecadores.

3) Estoy necesitado de gran consuelo, sobre todo de la gracia de tu Hijo, pues no me encuentro en absoluto en condiciones de ayudarme a mí mismo. Pero tú, Madre misericordiosísima, si te dignaras considerar mi pequeñez, de muchas maneras podrías socorrerme y confortarme con abundantes consuelos. Por eso, apenas me sienta oprimido por las dificultades o por las tentaciones, inmediatamente recurriré a ti, puesto que donde sobreabunda la gracia es más solícita la misericordia.

4) Luego, si quiero realizar el intento de comprender tu gloria excelsa y saludarte dignamente desde lo íntimo del corazón, debo proceder con espíritu mucho más puro, porque los que pretenden acercarse sin respeto a tu puerta, no obtienen gloria sino justa vergüenza. Por lo tanto, quien se aproxima a ti debe comportarse con grandísima reverencia y humildad y, sin embargo, con gran esperanza de ser admitido en virtud de tu misericordiosa clemencia.

5) Por consiguiente, voy hacia ti con humildad y, reverencia, con devoción y confianza, llevando en los labios el saludo de Gabriel, que te dirijo suplicante: saludo que repito con alegría, con la cabeza inclinada por respeto y los brazos abiertos con gran devoción, rogando que sea repetido en mi lugar cien, mil y más veces todavía por todos los espíritus celestiales. No sé realmente qué pueda haber más dulce y más digno para ofrecerte.

6) Y ahora escucha también al devoto enamorado de tu nombre: "El cielo se regocija y la tierra se asombra, cuando digo: Ave María. Satanás huye, el infierno tiembla, cuando digo: Ave María. El mundo se vuelve despreciable, la carne repugnante, cuando digo: Ave María. Desaparece la tristeza y vuelve la alegría, cuando digo: Salve María. Se disipa la tibieza y el corazón se inflama de amor, cuando digo: Salve María. Aumenta la devoción, nace la compunción, se acrecienta la esperanza, se intensifica el consuelo, cuando digo: Salve María. El ánimo se renueva y se refuerza el empeño en el bien, cuando digo: Ave María".

7) Es tan grande la dulzura de este bendito saludo, que no admite explicación con palabras humanas. Resulta en efecto siempre más elevado y profundo de lo que pueda comprender toda criatura. Por eso doblo una vez más las rodillas delante de ti, Santísima Virgen María, y digo: "Ave María llena de gracia". Clementísima Señora mía, Santa María, acepta este tan devoto saludo y, con él, acéptame también a mí, para que pueda yo tener algo que sea de tu agrado, que fortalezca mi confianza en ti, que encienda en mí un amor cada vez más grande y me conserve por siempre devoto a tu santo nombre.

8) Quiera el cielo que, para satisfacer mi deseo de honrarte y de saludarte eternamente desde lo profundo del corazón, todos mis miembros se transformen en lenguas y las lenguas en voces de fuego. Madre de Dios, quisiera poder dirigirte este saludo como pura y santa ofrenda de oración, en expiación de todas mis culpas, por las cuales he merecido la ira divina, he entristecido gra-

vemente a tu Hijo, he deshonrado y ofendido muy a menudo a ti y a toda la corte celestial.

9) Dado que mi vida es frágil y caduca a causa de todos mis excesos, de todas mis negligencias, de todos los pensamientos vanos, inmundos y perversos, quiera el cielo que todos los espíritus bienaventurados y las almas de los justos, con purísima devoción y muy ardiente plegaria, te dirijan, OH Beatísima Virgen María, y repitan cien veces en tu honor el altísimo saludo con que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo fueron los primeros en querer saludarte por medio del ángel. De alguna manera, hallaría así un digno incienso de suave fragancia, ya que en mí nada hay de bueno ni nada que merezca recompensa.

10) Pero ahora me postro ante ti, impulsado por sincera devoción; y totalmente encendido en veneración hacia tu suave nombre, te repito el gozo de aquel saludo nuevo, jamás oído hasta entonces, cuando el arcángel Gabriel, enviado por Dios, entró en la intimidad de tu morada y, doblando reverente las rodillas, te rindió honor al decirte: "Ave, llena de gracia, el Señor es contigo". Yo deseo, en consonancia con la preciosa costumbre de los fieles y, en todo lo posible, con labios puros, dirigirte este saludo, como también deseo, desde lo profundo del corazón, que te lo dirijan del mismo modo todas las criaturas: "Ave, María, llena de gracia. El Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es, el fruto de tu vientre, Jesucristo. Amén".

11) Este es el saludo angélico, compuesto por inspiración del Espíritu Santo, del todo adecuado a tu dignidad y a tu santidad. Es una oración pobre en palabras, pero rica en misterios. Breve como discurso, pero profunda como contenido; más dulce que la miel y más preciosa que el oro, digna de repetirse con mucha frecuencia de todo corazón, devotamente y con labios puros, porque, aunque sea el resultado de muy pocas palabras, se esparce en un vastísimo torrente de celestial suavidad.

12) Pero ay de aquellos que se aburren, que la rezan sin devoción, que no reflexionan sobre sus palabras más valiosas que el oro, que no saborean sus copas de miel, que tantas veces recitan el Avemaría sin atención ni respeto. Oh dulcísima Virgen María, presérvame de una tan grave negligencia y falta de atención, perdona mi pasado desempeño. Seré más devoto, más fervoroso y más atento al recitar el Avemaría, cualquiera sea el lugar en que pudiera hallarme.

13) Ahora, después de estas consideraciones, ¿qué te pediré, mi muy querida Señora? Para mí, indigno pecador, ¿hay algo mejor, más útil, más necesario que hallar gracia delante de ti y de tu amadísimo Hijo? Por lo tanto, pido la gracia de Dios por tu intercesión, ya que, como afirma el ángel, tú has encontrado la plenitud de la gracia ante Dios.

14) Nada de lo que pida es más precioso que la gracia, ni tengo necesidad de ninguna otra cosa fuera de ella y de la misericordia de Dios. Me basta su gracia y no necesito nada más: sin la gracia, en efecto, ¿qué resultado tendría cualquier esfuerzo mío? En cambio, ¿qué puede ser para mí imposible, si me asiste y me ayuda la gracia? Tengo muchos y diversos defectos espirituales, pero la gracia de Dios es una medicina eficaz contra todas las pasiones y si él se dignara socorrerme, las atenuará a todas.

15) Adolezco asimismo de pobreza en sabiduría y en ciencia espiritual, pero la gracia de Dios es suprema maestra y dispensadora de la disciplina celestial. Por consiguiente, ella me basta para instruirme en todos los asuntos necesarios, y me disuade de buscar cualquier cosa fuera de lo imprescindible, y de querer conocer temas más allá de lo lícito. Pero amonesta y enseña a humillarse y a contentarse solamente con ella.

16) Por lo mismo, Oh clemente Virgen María, consígueme con tus ruegos esta gracia, que es tan noble y preciosa: que yo no desee ni pida nada más que la gracia por la gracia.

Capítulo II

El consuelo de la Virgen María

1) El hijo: Ahora, Señora mía, te ruego que hables un poco conmigo. Abre tus labios en nombre de tu Hijo, que te ha colmado de toda gracia espiritual.

2) La Madre: Yo soy la Madre de la misericordia, llena de caridad y de dulzura. Soy la escalera de los pecadores, la esperanza y el perdón de los culpables, el consuelo de los afligidos y el gozo particular de los santos. Vengan a mí todos ustedes que me aman, y quedarán satisfechos en medio de mis consuelos, porque soy buena y misericordiosa para con todos los que me invocan.

3) Vengan todos, justos y pecadores, y yo rogaré al Padre por ustedes. Rogaré también al Hijo para que se reconcilie con ustedes en el Espíritu Santo. Los invito a todos, los espero a todos, deseo que todos vengan a mí. No desprecio a ningún pecador; sino, al contrario, por un pecador que se convierte, me regocijo con gran afecto junto con los ángeles de Dios en el cielo. Porque no en vano ha sido derramada por el mundo la sangre de mi Hijo.

4) Acérquense entonces a mí, hijos de los hombres: observen mi celo para con ustedes ante Dios y ante mi Hijo Jesucristo. Está claro: cargaré sobre mí su ira y aplacaré con mis fervorosas plegarias a aquel que, como ustedes saben, han ofendido.

5) Conviértanse y vengan; hagan penitencia, y yo invocaré el perdón para ustedes. No lo olviden: yo estoy situada entre el cielo y la tierra, entre Dios y el pecador; y obtengo con mis ruegos que este mundo no perezca. Pero no quieran abusar de la misericordia de Dios ni de mi clemencia; más bien manténganse alejados de todo pecado, para que no descienda sobre ustedes su ira ni su terrible venganza.

6) Exhorto a mis hijos, insto a los que tanto amo: sean imitadores de mi Hijo y de la que es Madre de ustedes. Acuérdense de mí, que no puedo olvidarme de ustedes, porque siento compasión de todos los desdichados y soy una muy misericordiosa abogada de todos los fieles.

7) El hijo: Palabras maravillosas, rebosantes de toda dulzura celestial. Sublime voz que desciende de lo alto como rocío sobrenatural, trayendo aliento a los pecadores y alegría a los justos; melodía del cielo que se derrama en la conciencia de los desesperados. ¿Y quién soy yo para que la Madre de mi Señor me hable a mí? Bendita seas, Madre Santísima, y sean benditas tus palabras. Ellas son leche y miel sobre tu lengua, y su aroma es superior a todos los demás aromas.

8) Mi alma ha quedado profundamente conmovida por tus palabras, OH María. Por cierto, apenas tu voz consoladora llegó a mis oídos, mi alma se ha estremecido de alegría, mi espíritu ha recuperado vigor y todo mi corazón ha sido inundado de nuevo gozo, puesto que hoy me has anunciado cosas buenas y jubilosas. Estaba triste, pero ahora estoy feliz por tus palabras. Tu voz es suave a mis

oídos: yo estaba oprimido y desalentado, pero ahora me encuentro alegre y verdaderamente confortado.

9) Me tendiste la mano desde arriba y me tocaste; así quedé curado de mis miserias. Con mucha dificultad podía hablar, mientras que ahora tengo ansias de cantar y de agradecerte. Se me había vuelto tediosa la vida, ahora en cambio no tengo miedo ni siquiera de la muerte, porque sé que tú eres mi abogada ante tu Hijo, a cuya misericordia me encomiendo desde este momento y para cada instante de mi vida venidera. Desde que hablaste al corazón de tu desolado huérfano, de inmediato he cambiado para mejor y me siento profundamente transformado en mi interior. Estaba postrado como quien no tiene esperanza, pero tú te has acercado a mí, me has infundido consuelo y aliento, hablándome con gran amor.

10) La Madre: ¿Qué te pasa, hijo? , ¿Quién quiere hacerte daño? No temas; yo me haré cargo de eso. Para el caso, cuenta conmigo y con mi Hijo, tu hermano, quien está a la derecha del Padre y es fiel mediador e intercesor por tus pecados. Debes tener total confianza en él, porque es él quien da la vida, es él quien vence a la muerte. Habiendo asumido carne de mí en el tiempo, engendrado por el Padre desde la eternidad, ha sido enviado para la salvación de todo el mundo. De él proceden la esperanza y el consuelo, la fe y la victoria. Por eso, acuérdate siempre de Jesús y de María, y no sentirás miedo de ningún enemigo.

11) El hijo: Feliz ese momento en que te dignas acercarte a mi corazón dominado por el desconsuelo, misericordiosa Virgen María. Ojalá fuese más prolongado, para poder escuchar tus palabras de aliento, que con tanta intensidad me enardecen y purifican, tan pronto entran en contacto con mi interior y me renuevan profundamente. Feliz tu seno, oh María, que no cesa de brindar la dulcísima leche del consuelo. Por la abundancia de gracia del Niño Jesús, al que tú amamantaste, no puedes negar tu innata misericordia a quien te la pide y más bien, concedes a menudo gracia incluso a los grandes pecadores.

12) Oh Madre de inmensa piedad, de grandísima misericordia y caridad; Virgen incomparable, amable y venerable para todos; Madre singular del Hijo de Dios, que nació de ti, como también Madre universal de todos los cristianos y Madre particular y especial en relación con el grado de devoción que abrigamos hacia ti; Virgen Reina del mundo y Señora de los ángeles, atráeme a ti, para que no permanezca bajo el peso de mis pecados. Distribuye la gracia, salvífico rocío

del cielo, de la que eres Medianera, a fin de que yo merezca experimentar que eres la Madre de la gracia y la fuente de la misericordia.

13) La Madre: Yo soy la Madre del noble amor, del casto y santo temor, del piadoso alivio y del suavísimo consuelo. Por lo cual, al oír mi nombre, regocíjate de todo corazón. Inclínate con respeto y saludame con alegría, porque al honrar a la Madre honras también al Hijo, que tiene a Dios por Padre. Yo soy María, la Madre de Jesús, y este será por siempre mi nombre. ¿Y quién es Jesús? Es el Cristo, el Hijo del Dios vivo, el Salvador del mundo, el Rey del cielo y de la tierra, el Señor de los ángeles y el Redentor de los fieles, el Juez de vivos y muertos.

14) El es la esperanza de las almas buenas, el consuelo de los devotos, la paz de los mansos, la riqueza de los pobres, la gloria de los humildes, la fortaleza de los débiles, el camino de los extraviados, la luz de los ciegos, el bastón de los lisiados, el alivio de los oprimidos, la ayuda de los atribulados y el refugio particular de todos los buenos. Bendice al Hijo con la Madre, y serás amado por el Padre. Toda vez que me hagas una atención, ríndele honor y gloria a él, porque su gloria es mi alegría, y el homenaje tributado a él es una alabanza dirigida a mí. Ponme a mí y a Jesús como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo. Si estás de pie o sentado, si ruegas, lees, escribes o trabajas, que Jesús y María estén con frecuencia en tus labios y siempre en tu corazón.

15) El hijo: Que te sirvan todos los pueblos, todas las naciones y todas las lenguas. Que todas las criaturas se arrodillen ante ti. Que el cielo diga: "Alégrate, oh María". Responda la tierra: "Ave para siempre y... más allá". Que todos los santos glorifiquen tu nombre, y que todos los devotos vibren de júbilo delante de ti y del Cordero, Jesucristo, tu Hijo y Señor nuestro. Amén.

Capítulo III

El recuerdo y la invocación de la Santísima Virgen María

1) Es justo acordarse siempre de la gloriosa Virgen María, la Madre Bendita de Jesús, a cuyos méritos y oraciones debes encomendarte cada día, y a la cual tienes que recurrir en todas tus necesidades, como recurre a su querida mamá un hijo golpeado y herido. Es dulce el nombre de María: infunde confianza a quien la llama y la invoca. Ella, por su parte, está siempre dispuesta a pronun-

ciar una buena palabra a su Hijo Jesús a favor de un alma atribulada, que se halla en la necesidad. Si María, junto con todos los ángeles del cielo, no rogase, diariamente por el mundo, ¿cómo podría subsistir este mundo que ofende a Dios con tan graves pecados y se enmienda tan poco? Por consiguiente, todos han de invocar a María: los justos y los pecadores, sobre todo los religiosos y las personas devotas, que han hecho el voto de castidad y aspiran con santos deseos a los bienes celestiales, pero no quieren tener nada que ver con el mundo.

2) ¿Qué cosa debes pedirle? En primer lugar el perdón de tus pecados, después la virtud de la castidad, como también el don, sobremanera grato a Dios, de la humildad, para que seas ante él siempre humilde y deseoso de ser tenido por vil y abyecto. Finalmente, debes pedir la gracia de no gloriarte jamás de cosa alguna, para no perder todo lo que te parece que posees.

3) Además, debes afligirte por estar tan alejado de las verdaderas virtudes: de la profunda humildad, de la santa pobreza, de la perfecta obediencia, de la purísima castidad, de la devotísima oración, de la muy ferviente caridad. Virtudes todas ellas que habitan en María, Madre de Jesús. Por lo mismo, arrójate a sus pies como un pobre mendigo, para que puedas obtener, por lo menos, el mínimo grado de esas virtudes, ya que no eres capaz de alcanzar el más alto a causa de tu indolencia.

4) Sea cual fuere la que desees, ruega humildemente a fin de conseguirlo por mano de María. Por sus méritos gloriosos son socorridos los que se encuentran en el purgatorio y sobre la tierra. Grande es su gracia y grande su gloria en Jesús su Salvador, por encima de todos los santos del cielo. Pero todo es en beneficio de nosotros, que nos hallamos en la tierra. Confíate totalmente en su fidelidad. Sus oraciones son agradables a Dios, y María no pide ni desea sino lo que es grato a ella y a su querido Hijo, y lo que es provechoso para tu salvación, según los planes de la voluntad divina.

5) Agrada mucho a Dios y a la Bienaventurada Virgen que se rece para evitar los pecados y para resguardar el corazón en la humildad. Ella, en efecto, se glorió ante Dios sólo de la humildad, guardando silencio sobre lo demás; y, no obstante su inagotable riqueza de gracia, jamás se desprendió de la humildad. Que la Virgen María ruegue por nosotros, con tono misericordioso, para que seamos dignos de la gracia de Dios.

LIBRO SEGUNDO CONOCER A MARÍA

Capítulo I

María y el misterio de la encarnación

1) Te bendigo y te agradezco, Señor Dios mío, creador y redentor del género humano, por la inmensa bondad que te indujo a redimir al hombre de modo aun más maravilloso que el que ya habías desplegado al crearlo. Por cierto, mientras éramos todavía enemigos tuyos y la muerte antigua ejercía su inicua dominación sobre todo el género humano, te acordaste de tu infinita misericordia, y desde el trono sublime de tu gloria dirigiste la mirada a este valle de llanto y de miseria.

2) Observaste la enorme aflicción de tu pueblo sobre la tierra y la grave herencia de los hijos de Adán. Y, en virtud de un profundo impulso de amor, comenzaste a tener pensamientos de paz y de redención. Así, cuando llegó la plenitud de los tiempos, viniste a visitarnos, bajando del cielo, y mediante la encarnación apareciste entre los hombres en tu condición de verdadero Dios y verdadero hombre, llevando a cabo las expectativas de los profetas.

3) Te bendigo y te alabo, Salvador nuestro, Jesucristo, por la inmensa humildad con que te dignaste elegir como Madre a una doncella pobre que hiciste desposar con un pobre carpintero: José, hombre santo y justo.

4) Te bendigo por el anuncio de la dignísima encarnación y por el reverente saludo angélico, con que el ángel Gabriel, embargado de muy intensa devoción, se encontró con la santísima Virgen María, para anunciarle el divino misterio del Hijo de Dios, que iba a encarnarse en ella.

5) Te alabo y te rindo homenaje por la grandeza de la fe de la Virgen María, por su decidido consentimiento, por su humilísima respuesta y por todas sus virtudes, confirmadas cuando, al arcángel que traía el gozoso anuncio, respondió con dócil sumisión: "Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho" (Lc 1,38).

6) Te alabo y te glorifico, Oh eterna Sabiduría del Padre, por haberse interesado tu inaccesible alteza en la mísera cárcel de nuestra naturaleza mortal, y por tu purísima concepción que tuvo lugar en María por obra del Espíritu Santo (Lc 1,35): en su seno virginal, el inefable poder del Altísimo, al descender sobre ella, formó de su carne inmaculada tu carne sacrosanta. Por consiguiente, tú que eres verdadero Dios, consubstancial con el Eterno Padre, pasaste a ser una sola carne con nosotros, pero sin contagio de pecado, para transformarnos en un solo espíritu contigo, mediante la adopción como hijos de Dios (Gál 4,4).

7) Te alabo y te glorifico por haber querido vaciarte de tu grandeza, asumiendo nuestra pasibilidad, la pobreza, las penas y la mortalidad abrazadas con amor, para colmarnos con tu vaciamiento, para salvarnos con tu pasión, para enaltecernos con tu humillación, para robustecernos con tu debilidad y para conducirnos a la gloria de la inmortalidad con tu mortalidad.

8) Te alabo y te glorifico por esos interminables nueve meses durante los cuales te escondiste como niño en la estrechez de un seno virginal, esperando tu tiempo para nacer. Tú que, como Dios, no tienes tiempo ni tienes edad, pero ordenaste todas las cosas en el tiempo con admirable armonía.

9) Oh admirable y maravillosa dignación, Dios de inmensa gloria, que no te desdijiste de hacerte despreciable y de asumir, para salvarnos, nuestros sufrimientos, tú, que creaste todas las cosas sin esfuerzo. Oh dulcísimo Jesús, esplendor de la gloria, eterna, cuanto más te has humillado en la humanidad, tanto más me has demostrado tu bondad; cuanto más te has vuelto despreciable por mí, tanto más te amo.

10) Te bendigo y te agradezco, Señor Jesús, Hijo unigénito del Padre, único engendrado antes de la existencia del mundo, porque, de modo inefable y a causa de tu grandísima humildad, te dignaste nacer en un sucio establo y ser colocado por amor a la santa pobreza en un rústico pesebre. Te alabo, amadísimo Jesús, por tu advenimiento coronado de luz, por tu glorioso nacimiento de la inmaculada Virgen María, por tu pobreza y por tu humilde acomodo en un pesebre tan pequeño y vil. ¿Quién podría imaginar al Dios Altísimo reducido a tanta pequeñez por amor a los hombres? ¿Cuántas gracias no debe tributarte todo el género humano, porque has elegido la estrechez de un pesebre para redimirlo?

11) ¡Qué inmensa ternura, admirable dulzura y delicadísimo amor nos invaden al ver a Dios hecho niño, envuelto en pobres pañales y acostado en un estrecho pesebre frente a animales! ¡Qué incomprensible humildad, que el Señor de todos los señores se digne convertirse en servidor de servidores! Y esto, Señor y Dios mío, te pareció todavía poco, ya que quisiste llegar a ser mi Padre, tú que eres mi Creador. Hasta te dignaste ser mi Hermano y mi carne en la realidad de tu naturaleza humana, aunque sin contraer en lo más mínimo la antigua corrupción.

12) Tu nacimiento es superior a las leyes de la naturaleza; pero como este debía precisamente reparar la naturaleza, con un gran milagro supera el modo en que nacen los hombres y conforta con divino poder nuestros dificultosos nacimientos. Cuán feliz y amable es tu nacimiento, dulcísimo Jesús, Hijo de una Virgen excelsa, o sea, de nuestra excelente Madre María, el cual renueva el nacimiento de todos, mejora su condición, disipa sus prejuicios y desgarrar el decreto condenatorio de la naturaleza. Y, de esta manera, el que se avergüenza de formar parte de la estirpe pecadora de Adán, puede alegrarse por tu nacimiento incontaminado, seguro de haber renacido felizmente por tu gracia.

13) Oh Jesús, Hijo unigénito de Dios, agradezco tu milagroso e ilustre nacimiento, en virtud del cual tenemos acceso a esta gracia en la que vivimos, y confiamos en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios, que el cielo ha prometido. Tú eres la prenda de nuestra redención; tú eres la eterna esperanza de todos nosotros los fieles. A ti recurrimos, humildes pecadores, a ti que fuiste el primer en buscarnos, cuando aún no te conocíamos.

14) Oh santa y dulce infancia, que infunde en el corazón de los hombres la verdadera inocencia, por la cual toda edad retorna a ti dichosa y se vuelve semejante a ti, no por debilidad de los miembros, sino por la humildad de los sentimientos y por la bondad de las costumbres. Concédeme seguir tus santas huellas, clementísimo Jesús, que para dar a todos los hombres ejemplo de virtud y de eterna salvación, quisiste nacer de la Virgen María a medianoche. Permíteme, pues, que pueda darte gracias y cantar tus alabanzas con los ángeles y con toda la milicia celestial, a los que quisiste como felices mensajeros de tu sagrado nacimiento.

Capítulo II

María durante la infancia de Jesús

1) Te bendigo y te agradezco, Señor Jesucristo, autor de la pureza, por tu humilde presentación en el Templo de Dios donde, con víctimas y ofrendas, como uno de los hijos de Adán, fuiste presentado por tus padres y fuiste rescatado mediante cinco monedas, igual que un pobre esclavo que se compra en el mercado. Te bendigo, Santísimo Redentor del mundo, por tu humilde obediencia a la ley de Dios. Aunque estabas sin deuda de pecado, para darnos ejemplo de profunda sumisión, quisiste sujetarte a las prescripciones legales.

2) Te bendigo, además, por la inmensa humildad de tu Santísima Madre y por su espontánea sumisión a los preceptos de la ley. En efecto, aun siendo Virgen Santa en el parto y después del parto, no rehusó someterse al rito de la purificación. Ofrenda maravillosa y reparación gratísima, porque era libre y ajena a cualquier culpa.

3) ¿Qué podría ofrecerte o entregarte, mi Señor, para retribuirte todo lo que me has dado? En cambio, qué útil sería que expiase debidamente mis pecados, manchado como estoy por tantas culpas y por tantas torpezas. Por lo cual me dirijo a ti, benignísimo Señor Jesucristo, y te ruego que des satisfacción en mi lugar y que laves con tu purísima oblación todos mis pecados, para que pueda entrar en el templo limpio y purificado, a fin de alabar por siempre tu santo nombre.

4) Tú también ruega por mí, gran Madre de Dios, gloriosa Virgen María, para que me sean perdonados los pecados y se me conceda el tiempo para expiarlos, y para tener el firme propósito de merecer la ayuda de la gracia divina y por lo que me falta para agradecer a DIOS, de todos sus beneficios, súpleme tú, piadosísima Madre, ofreciéndote a ti misma con tu amadísimo Hijo en presencia de la gloria del Padre. Que tu integridad virginal excuse mi impureza, sea de la mente como del corazón; que tu caridad inflame mi tibieza; que tu humildad rebaje mi soberbia, que tu espontánea obediencia quebrante la dureza de mi perversa voluntad.

5) Ya lo he decidido: me ofrezco a mí mismo en tus manos y en las de tu amado Hijo, y cualquier cosa que yo pueda hacer, la realizaré siempre al servicio de ustedes. Ofrezco un par de tórtolas: la compunción por mis pecados y por mis

negligencias y asimismo el deseo de los gozos eternos. Ofrezco también dos pichones de paloma: el doble deseo de guardar en mi corazón la simple dupla de no devolver a nadie mal por mal, y de vencer siempre al mal con el bien.

6) Dígnate concederme todo esto, Oh buen Jesús, que hoy fuiste presentado en el Templo por tu humilde Madre Virgen, y fuiste tomado con alegría entre sus brazos por el justo y timorato Simeón.

Capítulo III

La pérdida y el hallazgo de Jesús

1) El hijo. No siempre se encuentra Jesús donde se lo busca; pero con frecuencia se lo encuentra donde menos se cree. Por eso, que nadie presuma de ser el único en poseer a Jesús; que nadie desprecie a otro, porque ignora en qué medida puede agradar internamente a Dios, realidad esta que escapa a los hombres, aun cuando por su exterior pueda él parecer un individuo insignificante.

2) Por consiguiente, no debe parecerme una cosa extraña ni una novedad que yo pierda a Jesús. Pero sé que esto sería dañino para mí y muy doloroso para mi corazón. Confieso que soy culpable y digno de graves castigos, porque no he guardado bien mi corazón y me he portado con mucha tibieza y negligencia. Debido a lo cual he perdido la gracia de Jesús y no sé quién me la podrá restituir, si él mismo no se dignara una vez más tener compasión de mí que soy un pobrecito.

3) Clementísima Madre de Dios, socórreme en esta desgracia; ayúdame, Señora mía; protégeme, amadísima Virgen María, puerta de la vida y de la misericordia. Te pido aliento y ayuda. Tú conoces mejor que ninguno qué gran dolor causa la pérdida de Jesús y cuanta alegría reporta su hallazgo. Santísima Virgen, si esto sucedió contigo, que no tenías ninguna culpa, ¿qué puede haber de tan extraordinario, si la gracia de Jesús no atiende las esperanzas de un pecador, que lo ofende de tantas maneras?

4) ¿Qué debo hacer para hallar la gracia de Jesús? Si hay alguna esperanza de recuperarla, dependerá de tu consejo, se llevará a efecto por tus méritos. Dado que tú eres la que está más cerca de Jesús, quédate a mi lado hasta que lo

encuentre. Después de haberlo visto y encontrado, cantaré jubiloso en tu compañía: "Alégrense todos conmigo, porque he hallado a aquel a quien ama mi alma". El es el mismo que tú diste a luz, Oh castísima Virgen María.

5) La Madre. Escucha mi consejo: imita mi ejemplo, y tu alma será consolada. Si hubieras extraviado a Jesús, no te desesperes ni te turbes en exceso. No te quedes de brazos cruzados, no dejes de rezar, no te distraigas en consuelos terrenales, busca más bien la soledad. Lloro por ti mismo, y en el templo de tu corazón hallarás a Jesús, que has extraviado con tus pecados, y con la complacencia en las vanidades.

6) A Jesús no se lo encuentra en las plazas de la ciudad, en compañía de jugadores o de los que llevan vida regalada, sino en compañía de los justos y de los santos. Se debe buscar, gimiendo de dolor, a quien ha perdido por culpa del propio desenfreno; se debe mantener con mucha precaución a quien se ha perdido por negligencia; hay que suplicar con temor y reverencia al que detesta a los perezosos y a los ingratos, hay que hacer volver con suma humildad a quien se ha apartado por orgullo; debe serenarse con frecuentes y sinceras oraciones aquél que, absorto en fútiles pensamientos no escucha a quien habla en voz baja. Pero también hay que alabar, con gran agradecimiento, al que siempre está dispuesto a conceder su gracia; hay que abrazar con muy encendido amor a quien perdona a todos, a quien tiene compasión de todos, a quien da gratuitamente sus dones y no los niega a ninguno de los que se lo piden.

7) Aunque a veces se demora, Dios no abandona al que persevera en la oración, sino que vuelve a menudo sin que él lo sepa, lo ilumina más claramente y lo instruye con mayor cuidado, a fin de que nunca presuma de sí pero confíe humilde y devotamente en él.

8) Si, pues, presta mucha atención a estas cosas, aplacarás fácilmente a Jesús. Lo encontrarás en Jerusalén, porque ese lugar está destinado a la paz. Jesús, en el templo de tu corazón, repetirá sus sagradas palabras. Estará contigo el día entero; te enseñará todo lo que concierne a la salvación, todo lo que atañe a la gracia y a la virtud, que resplandecen en los ángeles y en los hombres; todo lo que de bueno reluce en las criaturas.

9) Por eso tienes que invocar siempre a Jesús; lo debes siempre buscar; lo debes siempre desear, recordar, alabar, venerar y amar. No tienes que ofenderlo

en nada; tienes que adorarlo con santidad y pureza, porque es bendito por encima de todas las cosas en los siglos de los siglos. Amén.

Capítulo IV

Mujer, aquí tienes a tu hijo

1) Te bendigo y te agradezco, Señor Jesucristo, consolador de todos los afligidos, por el doloroso respeto con que miraste a tu amadísima Madre al pie de la cruz, presa de angustia mortal. La inmensidad de su dolor la conocías bien solamente tú, que eras profundo conocedor de su corazón y no tuviste en la tierra un ser más querido que tu Virgen Madre. Pero tampoco ella amó a nadie más que a ti, su divino Hijo, a quien, apenas nacido de su seno, reconoció como Señor de todas las cosas y su Creador. Por lo cual, al verte pendiente de la cruz a ti, a ti quien amaba infinitamente, vivía más en ti que en sí; y casi totalmente abstraída de sí, estaba también ella pendiente de la cruz: "crucificada" en espíritu contigo, aunque con el cuerpo estuviese todavía al lado de la cruz, bañada en lágrimas.

2) Te alabo y te glorifico por tu infinita compasión, por la que eras filialmente "con-sufriente" con tu dolorosísima Madre, que en verdad sufría tus pesares como suyos en tus heridas como propias, toda vez que se repetían tus espasmos de atroz dolor, y con maternales ojos veía escurrirse la sangre de tu cuerpo, y oía tu voz que le hablaba a ella.

3) Te alabo y glorifico por las bellísimas palabras con que te dirigiste brevemente a tu Madre desolada, al encomendarla a tu predilecto discípulo Juan, como a un fidelísimo sustituto. Y uniste a la Virgen con el virgen Juan mediante el vínculo de la indisoluble caridad, diciendo: "¡Mujer, aquí tienes a tu hijo!" (Jn 19, 26); y al discípulo: "¡Aquí tienes a tu Madre!" (Jn 19, 27).

4) Feliz comunión y grato encargo, que unió y te consagró una integridad virginal. Con esta expresión, efectivamente, te mostraste inclinado a una cariñosa preocupación por la honorabilidad de tu Madre, a la que confiaste la misión de alentar a un casto discípulo, y le ofreciste, de algún modo, otro hijo en armonía con la pureza de sus costumbres y capaz de proveer a las necesidades de su vida. Era justo que tu filial providencia obrase de esta manera, para que una Madre santa y Virgen sin mancha no careciese de un fidelísimo servidor; y

porque ella, que estaba a punto de quedar privada de tu dulcísima presencia, no podía aparecer como abandonada y extranjera entre los judíos.

5) Acepta, pues, Oh María, dulcísima Madre de Dios, esta disposición de tu Hijo y esta decisión tan dulce. Acepta afectuosamente a este discípulo, que te ha dado tu Hijo Jesús. Es el apóstol Juan, virgen descollante; el más amado de Jesús, de modales delicados. Él es de semblante verecundo, modesto en el trato, sobrio en la comida, humilde en el vestir, obsecuente, dispuesto a obedecer. Es el discípulo más amado, muy unido a ti, estimado, puro en la mente y virgen de cuerpo, grato a Dios y querido por todos. Por lo tanto, totalmente digno de vivir contigo, Madre de Dios. Bien sé, además, que a ti siempre agradó y siempre agrada lo que place a tu Hijo y que deseas la realización de cuanto él dispone, ya que en todos sus actos no ha llevado a cabo jamás la propia voluntad, sino que siempre ha buscado la gloria del Padre. Por eso no dudo que fue de tu agrado cuando, a punto de morir, te dejó a Juan como sustituto suyo.

6) Y tú, san Juan, acepta el deseable tesoro que te ha sido confiado, acepta a la venerable Madre de Jesús, la Reina del cielo, la Señora del universo, tu amada pariente, hermana de tu madre: la Virgen Santa. Hasta este momento, ella era sólo tu pariente, por derecho de sangre. Ahora, en cambio, será tu Madre con un vínculo más sagrado y por derecho divino, confiada a ti por una gracia especial. También tú, que antes eras hijo de Zebedeo según la carne, hermano de Santiago el Mayor y pariente del Salvador, y que en lo sucesivo pasaste a ser discípulo de Jesús, serás designado con un nombre nuevo: "hijo adoptivo de María", a la que obedecerás con amor filial durante todo el resto de tu vida. Ejecuta, entonces, cuanto Jesús te manda, pon en práctica la orden del sagrado compromiso y obtendrás el honor y el reconocimiento de todo el mundo.

7) Juan puso en obra con suma alegría lo que Jesús le dijo desde lo alto de la cruz. Efectivamente "desde aquel momento la recibió en su casa" (Jn 19, 27), cuidó de ella, la sirvió con solicitud, la obedeció de modo incondicional y la amó de todo corazón. Goza, pues, y alégrate, dichosísimo Juan, por el don que te ha sido confiado: ya que Jesús, lo que poseía de más caro en el mundo, lo depositó confiadamente en tus manos. Te enriqueció sin medida, al legarte como en testamento a María, a quien los santos ángeles no están en condiciones de alabar dignamente.

8) Cristo entregó a san Pedro las llaves del Reino celestial; pero te estableció a ti como sustituto suyo para la Madre. Un día María se comprometió con José, pero fue confiada a ti. A él le dijo un ángel: "No temas recibir a María, tu esposa" (Mt I, 20). Ahora el Señor de los ángeles te dice a ti: "Aquí tienes a tu Madre" (Jn 19,27); y así como José estuvo cerca de la Virgen en el nacimiento del Hijo, también tú debes estar a su lado en la pasión de Cristo, y durante largo tiempo después de su ascensión al cielo. "

9) Si san Juan Bautista hubiera estado todavía vivo, habría sido muy idóneo, por derecho de parentesco y en virtud de su castidad, para ponerse a su servicio y ser su insigne custodio. En cuanto a José, no está, o por lo menos no se sabe si está todavía vivo o bien está muerto. Juan, preso durante largo tiempo, ha sido asesinado. Jesús ahora se encuentra próximo a morir y a desaparecer de la vista de su Madre. Y entonces tú tienes que hacer las veces de todas estas personas queridas por ella; y debes hacer las veces de Cristo, a modo de prenda del Hijo que le es arrebatado. Confío en Cristo nuestro Señor, que esto le sea muy grato a tu hermano Santiago y a todos los otros apóstoles; que ninguno de tus amigos te tenga envidia y que todo el que te estima se alegre sinceramente de ello. La riqueza de tus virtudes ha merecido este gran premio ellas son un perfecto "desprecio del mundo", el amor a Jesús, la dulzura de los modales, la integridad virginal, la serenidad de la mente, la libertad del alma, la pureza del corazón y la honradez de la vida.

10) Toma, pues, bajo tu guarda a la Madre de Cristo, y obtendrás con eso una gracia inmensa. Junto a ella realizarás muchos y grandes progresos espirituales, serás instruido por sus palabras, edificado por sus ejemplos, ayudado por sus plegarias, estimulado por sus exhortaciones, enardecido por su amor, atraído por su devoción, elevado por su contemplación, colmado de alegría, henchido de celestiales deleites. Escucharás de su boca los misterios de Dios, conocerás temas secretos, aprenderás cosas admirables y comprenderás realidades indecibles.

11) Por su presencia te harás más casto, te harás más puro, te harás más santo y progresarás aun más en tu devoción. La mirada de ella es pudor, prudencia su hablar, justicia sus acciones. Jesús es su lectura, Cristo su meditación, Dios su contemplación. La dignidad de su rostro brilla como la luz, su figura respetable a nadie ofende, su comportamiento vuelve casto a quien la mira. Su palabra ahuyenta todo mal.

12) Es tan grande la dignidad de María, que supera a todos los santos en pureza y gracia. Tú tendrás su cuidado, que te ha sido encomendado por el Sumo Rey del cielo. Por lo tanto, ofrécele con diligencia tus servicios, ríndele homenaje, préstale inmediata atención. Permanece junto a la cruz, vela por la Virgen, sostenla, abrázala, reanímala si desfallece, consuélala si rompe en llanto. Lloro con ella que llora, gime con ella que gime, síguela si camina, detente si se detiene y siéntate con ella, si decide sentarse.

13) Si llora, no te alejes; si sufre, haz una obra de misericordia. Finalmente prepárate para las exequias de Jesús que se está muriendo; acompaña a la Madre al lugar de la sepultura, llévala de vuelta a la ciudad, a casa, y consuela a la consoladora de todos los afligidos. Sé tú su angelical servidor, e incluso en esta función podrás ofrecer alivio a quien ostenta mayor dignidad que la tuya. De hecho, Cristo fue confortado por un ángel en su agonía. Aun que no tuviese necesidad, quiso ser visitado por un subalterno y no rehusó ser consolado por él.

14) He aquí, carísimo Juan, a qué excelsa misión estás llamado, qué Virgen te es encomendada, de quién es Madre aquella a la que debes proporcionar tus cuidados. En fin, te conjuro humildemente a que ruegues mucho por mí, que soy pecador, para que también sea fervoroso en el amor de Cristo y sea hallado digno de alabar a la Santa Virgen y de participar en sus dolores.

Capítulo V

La comunión de María con Jesús

1) Te bendigo, te alabo y te doy gracias, Santa Madre de Dios, Virgen María, por todos los bienes y los dones que el Señor te ha concedido en abundancia; por tus innumerables virtudes y por los extraordinarios privilegios de gracia, en virtud de los cuales de manera muy insigne y por encima de todos los santos resplandeciste en la tierra; por ser digna Madre de Dios y alimentar en tu seno, levantar en tus brazos, apretar contra el corazón y llevar al Verbo de Dios que se encarnó en ti.

2) Te bendigo, te alabo y te honro, elegida Madre de Dios y humilde "servidora del Señor" (Lc 1, 38), por todos los cariñosos servicios y las necesarias ayudas que prestaste a Cristo hecho hombre, tu Hijo; por las múltiples persecuciones,

por las privaciones, por los trabajos y las fatigas que soportaste pacientemente con él.

3) Te bendigo, te alabo y te rindo homenaje, gloriosa Virgen María, Madre e Hija del eterno Rey, por los apacibles y frecuentes coloquios con Jesús; por las divinas palabras que con tanta diligencia escuchaste de su boca y que puntualmente conservaste y meditaste en lo íntimo del corazón (Lc 3, 51); por los magníficos consuelos que con frecuencia recibiste de él; por los inconmensurables gozos y las divinas alegrías proporcionados por su presencia, suscitados por la gracia del Espíritu Santo y largamente fomentados en tu corazón.

4) Te bendigo, te alabo y te ensalzo, Santa María y mi venerada Señora, por tu vida rebotante de pureza y santidad, tan grata a Dios y a los ángeles, que transcurriste en compañía de Jesús a lo largo de muchos años en pobreza y en silencio, probada por muchos padecimientos y adversidades, ofrecida a todos los seguidores de Cristo como ejemplo para imitar devotamente y ofrendada de modo admirable hasta el final de los siglos a la Iglesia universal como apoyo en sus pruebas.

5) Te bendigo, te alabo y te glorifico, oh benignísima y piadosísima Madre de Dios, María, por todos tus ejercicios de devoción y tus sagradas meditaciones acerca de la ley de Dios, a los que te dedicabas día y noche; por tus muy fervorosas oraciones, por las lágrimas y los ayunos que ofreciste a Dios con tanto empeño por la conversión de los pecadores y la perseverancia de los justos; por tu gran compasión hacia los pobres y los enfermos, hacia los tentados y los oprimidos de angustia; por tu intenso deseo de la salvación del género humano, del que sabías que tenía que ser redimido por la muerte de tu Hijo.

6) Además, aunque abrigabas un inmenso amor a tu Hijo unigénito, sin embargo no lo arrancaste del horrible suplicio de la cruz, sino que te sometiste totalmente a la voluntad del Padre. Por otro lado, en todos tus sufrimientos, "consufriste" junto con él; y, hasta llegar a la ignominia de la cruz, seguiste con paso firme a Jesús que marchaba adelante, sin reparar en la huida de los apóstoles (Mt 26, 56) y sin temer la crueldad de los judíos. Estabas dispuesta a soportar la muerte con él, antes que abandonarlo en un trance tan extremo.

7) Te bendigo, te alabo y te ensalzo con todas mis fuerzas, oh fidelísima y amadísima Madre de Dios, celestial María, por tu perseverancia en la fe firme

y en la caridad perfecta, cuando tú sola mientras los apóstoles huían por miedo y mientras también los pocos que seguían a Jesús se avergonzaban, con extrema constancia mantuviste en alto la antorcha encendida de la fe en la pasión del Hijo, sin dudar de su futura resurrección al tercer día, como él había predicho con bastante claridad.

8) Mientras todos los amigos de Jesús se habían dispersado, tú, afligidísima Madre, con un pequeño grupo de mujeres te trasladaste impávida al Calvario, abriéndote paso a través de una muchedumbre amenazante, para acercarte lo más rápido posible al Hijo, al que estaban por crucificar. Querías verlo mientras estaba todavía vivo, a fin de poder recibir de él, antes de que muriera, la palabra de su amorosa donación.

9) Te bendigo, te alabo y con todas mis fuerzas me encomiendo a ti, Santa e Inmaculada Virgen, por tu dolorosa presencia junto a la cruz de Jesús, donde abrumada y afligida te detuviste por largo tiempo, atravesada por una espada de dolor, según la profecía de Simeón (Lc 2, 35); por las abundantes lágrimas derramadas; por la gran fidelidad e inefable coherencia que demostraste a tu Hijo en su extrema necesidad, cuando estaba por morir; por el inmenso dolor de tu corazón; por el sufrimiento más lacerante en el momento de su muerte; por la palidez de su aspecto, cuando lo viste pender muerto delante de ti.

10) Te bendigo y te alabo por el piadoso abrazo con que lo estrechaste entre tus maternales brazos; por el triste trayecto hacia el lugar de su sepultura, cuando bañada en lágrimas seguías a los que llevaban el santo cadáver, y llorando fijaste la mirada en tu Hijo depositado en el sepulcro y encerrado bajo una gran lápida; por el doloroso regreso desde el sepulcro a la casa en que te hospedabas, donde acompañada de muchos fieles allí reunidos te deshiciste en lágrimas por la muerte del amado Hijo, con repetidos lamentos, y fue tan copioso tu llanto que hiciste también llorar a los que estaban a tu lado.

11) Compadece ahora, alma mía, a la Virgen dolorosa, a la Madre lacrimosa, a María amorosa. Si amas a María, debes compadecerla por sus dolores numerosos, para que te socorra en tus penas. ¡Qué cuadro!: la Santa Madre llora a su único Hijo; llora María de Cleofás a su querido pariente; llora María Magdalena al médico de su salud; llora Juan a su dulcísimo Maestro; lloran todos los apóstoles a su Señor que han perdido. ¿Y quién no lloraría entre tantos amigos que lloran juntos?

12) Es verdaderamente grande este llanto en Jerusalén. Detente, pues, tú también un poco, y aprende a llorar de la Virgen María: sus amargas lágrimas podrán conmover tu corazón en lo más profundo. Hela ahí de pie junto a la cruz, atormentada por intensos dolores, a aquella que un lejano día, frente al pesebre, estaba colmada de celestiales armonías. Se siente oprimida por el clamor de los judíos, ella que en otro tiempo fue honrada por los reyes magos; está toda salpicada de sangre de su Hijo, ella que había experimentado la caricia de su cándido aspecto.

13) Ve pender de la cruz, entre dos ladrones, al que tantas veces había visto obrar milagros en medio del pueblo; contempla, vuelto casi como un leproso por el estrago de las heridas, al que había concedido la curación a muchos leprosos; mira, oprimido por innumerables dolores, al que había expulsado el dolor de los enfermos; contempla, vencido por la muerte, al que había hecho retornar a la vida al difunto Lázaro. Todas las alegrías se trocaron en tristezas, y todas las cosas dulces en amarguras.

14) La rutilante Estrella del mar es sacudida por numerosas y angustiantes tempestades; pero su mente, que permanece fija en Dios, no es vencida por las perversidades humanas. Está pues erguida junto a la cruz, con constancia y paciencia, con fidelidad y amor, sin temer a los que la amenazan de muerte y sin evadirse de quienes la maldicen. Todo lo soporta con tranquilidad de espíritu, y se esfuerza por competir con su Hijo humillado, no respondiendo nada a sus tan crueles enemigos. No utiliza expresiones de desdén ni hace gestos de indignación. Solamente emite profundos gemidos, llora con amargura, se apesadumbra con ansiedad, se compadece en lo íntimo y experimenta una inmensa aflicción. No se irrita con los crucifijos, ruega empero por los calumniadores, se entristece y se lamenta a causa de los que se burlan y blasfeman de Cristo. Por tanto, está de pie junto a la cruz en un mar de lágrimas, y con su ejemplo de mansedumbre ofrece el consuelo de la paciencia a todos los atribulados.

15) Oh, todos ustedes, los que pasan por el camino del Calvario, miren la dolorosa presencia de la Santísima Virgen María: dirijan la vista hacia la derecha de la cruz y observen a María, Madre de Cristo. No puede haber un dolor semejante al suyo; no hubo jamás en el mundo una madre que se haya compadecido de su propio hijo con tanto amor, ya que por cuantas heridas recibían los

miembros de Jesús, otras tantas se producían en su alma; tantas veces volvía a ser mártir, cuantas veces contemplaba las cruentas llagas del Hijo.

16) Intenta por consiguiente, alma devota, grabar estas cosas en tu corazón. Sé tranquilo y fuerte cuando venga el momento de la tentación. No te turbes ni desesperes, si llega a faltarte aquello que tanto amas o si se te niega lo que consideras que es necesario para ti. Los amigos de Jesús son a menudo probados con gravísimas aflicciones, porque, si Dios no escatimó penas ni siquiera a su Hijo sino que por todos nosotros lo abandonó en gravísimos tormentos, ¿cómo pretendes un trato mejor? Si Cristo no se buscó a sí mismo, pero fue obediente y propenso a soportar incluso hechos sumamente viles y dolorosos, ¿por qué tú temes tanto la fatiga y el dolor, y en cambio, por amor al Crucificado, no abrazas las realidades ásperas y duras? Si él reservó a su Santísima Madre numerosas contrariedades en la tierra; si permitió que con frecuencia pasase por muchas tribulaciones y sufrimientos, ¿cómo se entiende que tú podrías vivir sin pruebas?

17) Si observas a todos los amigos de Dios, no encontrarás ninguno que haya navegado por el mar de esta vida sin duras pruebas. Por lo tanto, recoge de la imagen del Crucificado y de su bendita Madre el ejemplo de una incansable paciencia, y no temerás más soportar sacrificios por tu salvación y por la recompensa de la infinita bondad de Jesús. Obrando así, podrás gozar de la visión de su rostro por toda la eternidad.

18) La benignísima Madre de Jesús sabe bien compadecerse del que sufre. Aprendió de lo que ha sufrido a tener afectuosa compasión de los afligidos. No se olvidará de sus pobres devotos, acudirá al encuentro de sus oraciones, ayudará a los que la invocan con perseverancia y será propicia para con los que la sirven.

19) Misericordiosísimo Jesús, Hijo de María, te ruego que me concedas el don de lágrimas y que hieras mi corazón con un profundo y compasivo afecto, con el que bien sabes que estuvo acongojada tu piadosa Madre. Mírame con los ojos compasivos con que miraste a tu Madre y al discípulo Juan, que estaban junto a la cruz entre sollozos, en el momento en que encomendaste sucesivamente el uno al otro, dándoles este último adiós: "Aquí tienes a tu hijo, aquí tienes a tu Madre". Te ruego que me visites con tu gracia cuando esté a punto de morir; y hazme sentir también a mí las palabras que Juan oyó desde la cruz: "Aquí tie-

nes a tu Madre", para que al oír estas palabras, mi alma no tema al enemigo rugiente" (1 Ped 5, 8)

20) Oh Clementísima Santa María, mi Señora, abogada de los cristianos, te ruego por todos tus altísimos méritos, con los cuales complaciste a Dios en su mo grado; por todas las atenciones que con gran afecto tuviste hacia tu Hijo, y por todas las lágrimas que derramaste en su tan dolorosa pasión: dignate tener compasión de mí, tomarme bajo tu cuidado con maternal amor y ponerme en el número de tus servidores, que de modo particular forman tu entorno y son los más amados por ti.

21) Oh única esperanza, gloriosa Virgen María, ven a mostrarme tu rostro, antes que mi alma abandone mi cuerpo; y "vuelve a mí tus ojos misericordiosos", con los que miraste muy a menudo con intensa alegría a Jesús, "el fruto bendito de tu vientre": ojos marcados por tantas lágrimas durante su pasión.

22) Asísteme en ese momento Santísima Madre de Jesús, con la dulce comitiva de tus vírgenes y con la sagrada congregación de todos los santos, como asistente hasta el final a tu amorosísimo Hijo que estaba por morir en la cruz, dado que, después de tu Hijo unigénito y Señor mío Jesucristo, no encuentro en mis necesidades un alivio más grande y solícito que el tuyo, oh benignísima Madre de todos los afligidos.

Capítulo VI

Oraciones a María que llora junto a la cruz

1) ¡Oh, piadosas, santas y dolorosísimas lágrimas de la bienaventurada, pura y siempre Virgen María, que brotaron de sus ojos, el día Viernes santo, debido a su íntima "con-pasión" con Cristo y su amadísima pasión y muerte en cruz; cuando se deslizaron copiosamente a lo largo de sus mejillas y de su pecho hasta el ruedo del vestido y empaparon el velo de su sagrada cabeza; y, al caer sobre sus santos pies, rociaron el polvoriento suelo!

2) ¡Ah, si yo hubiese podido seguir entonces las huellas de los pies de mi Señora y hubiese podido en secreto recoger en un recipiente sus cálidas lágrimas, no para lavar mis pies, que a menudo he manchado en pos de malos pensamientos y de afectos indecentes, sino para lavarme las manos y la cabeza, esto es,

las palabras y las acciones malas, para el perdón de todos mis pecados cometidos cada día!

3) ¡Oh piadosa Madre de Dios!, Virgen María, te ruego me seas propicia: cancela todos mis vicios con tus dolores y con tu devotísima intercesión. Carísima María, socorre mi alma en la última hora de mi vida, y acude con la multitud de los ángeles y de los santos a defenderme contra los terrores del enemigo y los sufrimientos del infierno. Acuérdate de la sangre preciosa e inocente en la muerte de tu amado Hijo Jesucristo, sufrida a causa de mí, pecador; de su costado herido y de todas las lágrimas que derramaste en tu entera vida; y ten compasión de mí. A ti suspiro, en tus méritos confío, "oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María", Amén.

Capítulo VII

María y el misterio de la resurrección

1) Te bendigo y te doy gracias, Señor Jesucristo, Hijo unigénito de Dios que te encarnaste por nuestra salvación en el seno de la Virgen María por tu gloriosa y verdadera resurrección, que hoy ha tenido lugar; y sobre todo por tu aparición sumamente jubilosa y secreta, que te dignaste conceder a tu Santísima Madre María, mientras se hallaba en oración en su solitario cuartito. Te estaba esperando con inmenso deseo, y con la confianza de que te aparecerías a ella antes que a todos tus piadosos amigos y a las santas mujeres que eran dignas de tu afecto y familiares, a fin de consolarla con incomparable dulzura y confortarla mediante tu presencia corporal en el ropaje de la alegría y en la gloria de tu inmortalidad.

2) Es piadoso y justo pensar en ello a causa de tu piedad filial, y creerlo por el honor de tu Santísima Madre, dado que en todas tus obras eres bueno y misericordioso. Es lo que deben creer devotamente también todos los fieles, porque tú has ordenado honrar a los padres y consolarlos cuando están tristes. Por eso, antes que a ningún otro, visitaste a tu Santísima Madre, afligida por tu pasión; y con tu presencia la recreaste aliviándola de todo dolor y tristeza, y la hiciste gozar indeciblemente.

3) Ella no fue con las otras mujeres a visitar tu sepulcro, no por debilidad, por miedo o por la intensidad del dolor, sino porque abrigaba la total certeza de

que ibas a resucitar al tercer día. Por lo cual, esperanzada en que acudirías a su encuentro, se quedó en casa, para rezar y aguardar tu llegada con enorme deseo. Precisamente por eso mereció ser la primera en verte: porque te amaba y te deseaba, había creído en ti y no había dudado jamás de tus palabras.

4) Por consiguiente, si María es llamada Bienaventurada y recibe alabanzas, por haber creído en las palabras del ángel Gabriel, cuando le anunció el sagrado misterio de la encarnación, tanto más debe ser digna de ese título y merecer alabanzas, por haber creído en ti, el Hijo nacido de ella, y en todas tus obras. Y mientras los otros todavía dudaban, se mantuvo firme en la fe y no vaciló en lo más mínimo.

5) ¡De qué inefable gozo se sintió inundada en ese momento María, tu Madre, cuando te vio a ti, su Hijo, adornado de claro resplandor, con el cuerpo glorioso, más espléndido que la luminosidad del sol y más hermoso que todas las estrellas! Qué indecible y jubilosamente exultó su espíritu en ti, Jesús, Dios, su Salvador: más que nunca en todos los días de su vida terrenal.

6) Con cuánta atención fijó sus ojos en tu cuerpo glorioso, que antes había visto duramente llagado por crueles azotes, clavado en el madero de la cruz, atrocemente horadado en el costado derecho por la lanza de Longino y, a continuación, muerto y depositado en el sepulcro.

7) Por lo cual, es justo que en el día de hoy, mientras está delante de ti, que te apareciste a ella en el fulgor de tu gloria, María se haya vuelto más feliz de lo acostumbrado y se sienta colmada de nuevos consuelos, después de haber sufrido más cruelmente y llorado con más amargura que los otros, durante el transcurso de la pasión. Ahora, Señor, has cumplido tu promesa, que hiciste en la última cena a los apóstoles para consolarlos; y la cumpliste de la forma más verdadera para con tu afligida Madre: "No los dejaré huérfanos, volveré a ustedes" (Jn 14, 18); "Yo los volveré a ver, y tendrán una alegría que nadie les podrá quitar" (Jn 16,22).

8) Obraste perfectamente, Óptimo Jesús, cuando visitaste con sentimiento filial a tu amadísima Madre, la saludaste con respeto, le hablaste con dulzura, la consolaste cordialmente y, al mostrarle la felicidad de tu rostro, hiciste desvanecer toda su tristeza y las dolorosas lágrimas de sus ojos. Tan pronto como llegó a verte, desaparecieron el dolor y los gemidos; cuando hablaste a su

corazón, descendió en ella el Espíritu Santo más que en los apóstoles, embriagando de alegría su alma.

9) Tú que en las bodas de Caná, por exhortación de ella, cambiaste el agua en excelente vino, cuando regresaste del lugar de los muertos y después de haber vencido a los enemigos con mayor poder y más eficaz milagro cambiaste la muerte en vida, la cruz en gloria, el llanto materno en alegría y el miedo de los discípulos en sempiterno gozo.

10) No enviaste un ángel, no un arcángel, no a Miguel, ni a Gabriel, ni a Rafael, tus mensajeros oficiales, ni a ninguno de los dignatarios terrenales, distinguidos, adornados de oro, plata y piedras preciosas, a visitar a tu Madre, Reina del cielo, nuestra amada Señora; sino que acudiste tú mismo, Rey de la gloria, Jesucristo. Acudiste personalmente de madrugada, sin que nadie lo supiese y sin ningún aviso previo, para visitar y consolar a tu Santísima Madre. Ella estaba en oración y rebosaba de fe, en la expectativa de tu retorno del sepulcro con el cuerpo glorioso. Sabía, efectivamente, que acerca de tu pasión y resurrección, todo tenía que suceder como tú mismo lo habías dicho y según mucho tiempo antes lo anunciaron los profetas. Pero este, que tú has querido, es un día de alegría y que debe mantenerse como el más santo y el más jubiloso entre todos los días más sagrados.

11) Te alabo y te honro, con todos tus santos y con todos los fieles devotos del mundo, por el dulce coloquio y por el íntimo encuentro que tuviste con tu amadísima Madre María en su aposento, a su lado, de todo bullicio exterior, durante el cual conversaste con ella de los sobrenaturales misterios del Reino de Dios, de los goces del paraíso, de los coros de los ángeles, de las almas santas sacadas del lugar de la espera y conducidas a las alegrías del cielo, junto con Enoc y Elías.

12) ¡Oh, si yo también hubiese podido estar presente, si hubiese podido oír tus dulces palabras, si junto a la ventana hubiese podido escuchar disimuladamente y captar con diligencia las palabras que mi Señor Jesucristo dirigía a su Madre acerca de las alegrías de los ciudadanos del cielo, sin que ningún otro escuchase conmigo! Cómo se habría estremecido de gozo mi corazón, en el Señor, si yo hubiese podido conservar algunas de aquellas palabras, qué aliciente me habrían aportado en el peligroso destierro de este mundo. Probablemente se trataba

de palabras que a ninguna persona le está permitido repetir, pues deben ser conservadas en lo profundo del corazón y meditadas con jubilosa intimidad.

13) Dichoso el que conoce este júbilo y, mediante la contemplación, se eleva de los temas terrenales y transcurre todo el día con Jesús y con María, desinteresándose de las cosas de este mundo. Creo que ningún mortal fue digno de estar presente en ese coloquio: solamente los santos ángeles y las almas de los justos, que seguían a su Señor por todos lados con gran reverencia y enorme alegría.

14) Tal vez esta visita y esta intimidad eran tan elevadas y celestiales en la casita de María, que ni siquiera a los apóstoles se les permitió entrar y escuchar las excelsas palabras que Jesús, purificado por el Padre, pronunció para María, su bendita Madre, llena de gracia. Por lo cual, Señor Jesús, creo que es mejor de mi parte dejarlas confiadas a tus ángeles y, en vista de todos mis pecados y negligencias, pedirte humildemente perdón a ti que revelas tus secretos a los humildes y alimentas a los hambrientos con el manjar celestial.

15) Oh benignísimo Jesucristo que después de tu amarga pasión y de la gloriosa resurrección te apareciste a la afligida Santísima Madre María, con gran esplendor, y la colmaste de inefable y nueva alegría, ten piedad de mí, pobre y enfermo, con frecuencia gravemente atribulado en el exilio de este mundo. Me postro profundamente delante de ti, y con intenso afecto golpeo con insistencia a la puerta de tu piadosa Madre, para que te dignes visitarme interiormente también a mí en el tiempo de mi aflicción, para consolarme, alentarme y liberarme de toda maligna tristeza y vana alegría.

16) Enciende, pues, mi corazón con nuevo fervor, con más grande y perseverante devoción al alabarte, para que aprenda a rechazar los bienes terrenales y a buscar los celestiales, a gustar y contemplar con María las realidades divinas, regocijándome solamente en ti. ¿Quién podrá ayudarme a mí, pobre criatura, a meditar profunda e intensamente en estas cosas y a vivir aquí junto con Jesús, mi Señor, de tal manera que el mundo entero, con todos sus amantes, pierda todo significado y cuanto antes desaparezca de mi memoria?

17) Te ruego, amabilísimo Jesús, en unión con tu dulcísima Madre María y con sus ángeles y santos, haz que mi corazón sea conquistado por ti, enardecido

profundamente, visitado más a menudo y conservado en la devoción. Y que, después de los sufrimientos de esta vida, sea conducido a los goces celestiales.

Capítulo VIII

María medianera de la gracia

1) Queridos hermanos, sean fieles servidores de Jesucristo y amantes devotos de su Madre Santísima, la Virgen María, si quieren ser eternamente felices con ellos en el cielo. Ustedes serán gratos a Dios y a su bendita Madre, mientras sean humildes de corazón y castos de cuerpo; mientras sean modestos en el hablar, prudentes, timoratos, controlados y con la condición de que no den a nadie ocasión de escándalo o de justas quejas.

2) Es muy útil para su salvación, para la honra de Dios y para la alabanza de la Bienaventurada Virgen, que ustedes sean devotos en la oración, empeñosos en el estudio y en el trabajo, mansos frente a los reproches, sobrios en la comida, irreprochables en sus miradas y correctos en todo su comportamiento. Por consiguiente, si desean alabar de modo digno y venerar adecuadamente a la Virgen Santa, compórtense como hijos de Dios: con sencillez, sin malicia, sin perversidad, sin mentiras, sin ira, sin riñas, sin murmuraciones, sin sospechas; soportando por Jesús y María cualquier contrariedad con caridad fraterna, con humildad y paciencia a imitación de la vida de los santos, para la misma paz de ustedes y para la edificación de los demás. Pero, sobre todo, para disfrutar la gloria de la Santísima Trinidad. Efectivamente, todas las cosas amargas se vuelven dulces y las pesadas livianas, cuando el amor a Jesús y el recuerdo de su Santa Madre penetran en lo íntimo del corazón. Si alguien lo quiere experimentar basta con que ambos sean el frecuente objeto de su pensamiento, que hable y lea acerca de ellos y que a ellos dirija sus cantos y sus ruegos.

3) Para que puedan luego conocer un poco la excelentísima dignidad de la muy Bienaventurada Virgen María, escuchen algunos de los tantos dones y privilegios, con los que Dios la ha bendecido y ensalzado, por encima de todos los santos ángeles y arcángeles en el cielo, y por encima de todos los hombres en la tierra. María es la Virgen Santísima y la muy querida Madre de Dios, de quien se canta en la Iglesia, ampliamente difundida en todo el mundo: "La Santa Madre de Dios ha sido ensalzada por encima de los coros de los ángeles". Reflexionen atentamente sobre los antiguos episodios concernientes a los pa-

triarcas, de cuya estirpe nació María como rosa sin espinas entre las espinas. Efectivamente, así como un día muchos santos hombres: patriarcas, profetas, jueces, reyes, sacerdotes, levitas, doctores y escribas, anunciaron con palabras, signos y figuras que Cristo, Hijo de Dios, nacería de una Virgen para la redención del mundo y moriría en la cruz, de igual modo, en perfecta armonía y de acuerdo con el plan divino de la salvación, la muy Bienaventurada y devota Virgen María fue prefigurada y preconizada por medio de las sagradas vírgenes de aquel tiempo, a través de mujeres ilustres, castas viudas, devotas profetisas, y mediante honestas matronas, que vivían castamente, y que, para guardar su pureza, llevaban vida de clausura en sus propias casas junto con sus criadas, lejos de las miradas de los hombres.

4) María, como dice la Sagrada Escritura, es verdaderamente la Virgen más prudente de todas las vírgenes, la más púdica de todas las mujeres, la más hermosa de todas las muchachas, la más honesta de todas las señoras, la más graciosa de todas las doncellas y la reina más noble de todas las reinas. En ella refulgen todo el decoro de la virgen, toda virtud moral, toda especulación teológica, toda amorosa devoción, todo ejercicio de virtud, toda perfección de santidad. Además, todas estas cualidades se acumulan, residen y resplandecen en ella de modo tan perfecto que nadie se le asemejó antes de su aparición, ni nadie fue, es o será semejante a ella después de su venida. Como alguna vez el templo material de Salomón fue el más majestuoso de todos los templos de la tierra, por mucho el más famoso y el más ornamentado, y era magníficamente venerado por los reyes y los pueblos, así también el templo espiritual de Dios, la Bienaventurada Virgen María, limpia de toda mancha, es superior a todos los templos de los santos, y, por lo mismo, más que todos debe ser inmensamente honrada y amada.

5) María es una muy ilustre hija, noblemente procreada de la insigne estirpe de los patriarcas, descendiente de la ínclita casta sacerdotal, preanunciada por el coro de los profetas, vástago de estirpe real, descendiente en línea recta de David, de la tribu de Judá, hija del pueblo de Israel y nacida, por disposición divina, de padres santos y gratos a Dios.

6) ¡Feliz e inmaculada Virgen María, dignísima de toda alabanza y honor, con la que cada uno debe sentir la necesidad de abrazarse con todo amor y respeto! ¡Espléndida piedra preciosa de las vírgenes, predestinada por Dios desde el principio y antes de todos los siglos para dar a luz en la plenitud de los tiempos

al Redentor del mundo! Deseada de los patriarcas, preanunciada por los profetas, elegida de muchos reyes y de muchos justos, fuiste largo tiempo esperada por el devotísimo pueblo de Israel y, por fin, visiblemente donada al mundo enfermo por la misericordia de Dios.

7) ¡Sagrada e ilustrísima Virgen María, cuán maravilloso y alabado en todo el mundo es tu nombre! Del Oriente al Occidente, en todas las zonas del orbe, él es proclamado a judíos y gentiles, a griegos y romanos, a latinos y germanos junto con el evangelio de Jesucristo tu Hijo, y asimismo es proclamado sin interrupción alguna en todas las iglesias cristianas, en las capillas y en los claustros, en los campos y en las selvas consagradas a Dios, de parte de pequeños y grandes, de sacerdotes y doctores, de los predicadores de todas las órdenes religiosas, que al unísono se complacen en alabarte y darte a conocer. Además, todos los justos desean y gozan inmensamente el poder ensalzarte hasta las estrellas, y exaltar tu santidad y tu belleza por encima de cualquier angélica dignidad. Ellos, aunque canten, recen, mediten y celebren solemnemente tus fiestas, no se cansan nunca, de acuerdo con el dicho de la sabiduría que proclama: "Quien se alimenta de mí, tendrá todavía más hambre; y quien me bebe, tendrá todavía más sed".

8) Alabanza y gloria, pues, al Dios Altísimo, que aquí en la tierra te concedió, oh María, las gracias más grandes entre todas las hijas de los hombres, y que ahora ha puesto tu trono al lado del de tu Hijo en el Reino de los cielos, en el lugar más alto y más encantador, por encima de los coros de los ángeles y de los santos, preparado para ti desde toda la eternidad y destinado a durar con felicidad por siempre.

9) A ti que eres digna de suma veneración, oh Virgen María, Madre e Hija del eterno Rey, te tribute alabanza toda boca, venerándote con los más altos honores, porque eres la más pura de las vírgenes, la más humilde, la más caritativa, la más paciente, la más misericordiosa, la más fervorosa en la oración, la más profunda en la meditación, la más excelsa en la contemplación, la más pródiga de consejos, la más poderosa para prestar socorro. Eres el palacio real de Dios, la puerta del cielo, el paraíso de las delicias, el pozo de las gracias, la gloria de los ángeles, la alegría de los hombres, el modelo de las costumbres, el esplendor de las virtudes, el faro de la vida, la esperanza de los necesitados, la salud de los enfermos y la madre de los huérfanos.

10) Eres la Virgen de las vírgenes, toda suave y hermosa, resplandeciente como una estrella, dulce como una rosa, blanca como una margarita, luminosa como el sol y la luna en el cielo y en la tierra. Eres Virgen mansa, inocente como una corderita, simple como una paloma, prudente como una noble matrona, servicial como una humilde criada. Eres santa raíz, cedro excelso, vid fecunda, fruto dulcísimo, majestuosa palmera. En ti se encuentran todos los bienes y por tu medio se nos conceden los premios eternos. Por consiguiente, mientras vivamos, todos debemos recurrir a ti, como hijos al regazo de la madre y como huérfanos a la casa del padre, a fin de ser protegidos de todo mal por tus gloriosos méritos y tus oraciones.

11) Oigan lo que afirma cierto escritor sobre las doce estrellas que adornan la corona de la Bienaventurada Virgen, por la cual María resplandece en el cielo por encima de todos los santos. Estas doce estrellas son las doce características de su espléndida realeza. Respecto de la Iglesia militante, ella posee cuatro características, que redundan en obras de misericordia: atiende más benignamente que todos los otros y se inclina con más humildad; obra con firmeza, pero socorre con frecuencia, como nos enseña la experiencia en las difíciles necesidades de la Iglesia. En relación con la Iglesia triunfante, María posee igualmente cuatro características: su trono en el cielo está colocado más arriba que todos los otros y resplandece con más intensa luz; es amada con más fervor y honrada con mayor difusión, como corresponde a sus gloriosos méritos. Con respecto a la Santísima Trinidad posee también cuatro características, o sea, cuatro estrellas que brillan más que todas: entre los que contemplan la gloria de la eterna Trinidad, ningún otro la intuye con mayor limpidez, la ama con más profunda alegría, la contempla más íntimamente y disfruta de ella con más felicidad en el cielo. No hay ninguna duda al respecto.

12) Escuchen también lo que, a propósito de estas doce estrellas, dice Bernardo, el ardoroso amante de la Bienaventurada Virgen, el doctor "melifluo" y el devoto educador de monjes: "Sobre su cabeza una corona de doce estrellas... ¿Quién podrá jamás estimar el valor de estas piedras preciosas? ¿Quién podrá jamás contar las estrellas de que se compone la corona regia de María? Es imposible que el hombre pueda explicar cómo está compuesta esta corona".

13) En mi modesta opinión y lejos del peligroso sondeo de los misterios divinos, me parece que puedo identificar en estas doce estrellas quizá sin incongruencia las doce prerrogativas con que está adornada María: prerrogativas del cielo,

prerrogativas de la carne y prerrogativas del corazón. Si este número tres lo multiplicamos por cuatro, probablemente tendremos las doce estrellas, que hacen brillar la corona de nuestra Reina a los ojos de todos. Para mí, el fulgor resplandece en la natividad de María, en la anunciación, en la intervención del Espíritu Santo, en la inefable concepción del Hijo de Dios. Ustedes, en la medida de su diligencia, podrán profundizar mejor el tema. A mí me basta haber señalado tan sólo algunas consideraciones. Pero, si se quiere ahondar más en el significado místico de las doce estrellas, léase el discurso de san Bernardo, que comienza así: "Un gran signo apareció en el cielo".

14) Queridos hermanos, por el singular respeto y amor que ustedes le tienen a la Santísima Virgen María, evoquen a menudo en su mente estos temas, e incluso saboréenlos con sus labios. En agradecimiento, entonen con fervor himnos y cantos de alegría en sus fiestas y en sus solemnidades. Pero sobre todo descúbranse la cabeza y hagan una inclinación delante del altar de Dios y de la imagen de la Virgen Bienaventurada; doblen las rodillas humildemente, como si en la realidad viesan a María dialogar con el ángel y llevar en brazos a su Hijo. Luego, levantando los ojos con gran confianza de ser salvados, imploren con mucho afecto la ayuda compasiva de la Madre de la misericordia, y recen la siguiente oración.

15) "Clementísima Madre de Dios, Virgen María, Reina del cielo, Señora del mundo, alegría de los santos, aliento de los que delinquen, escucha los gemidos de los pecadores arrepentidos; atiende los deseos de los devotos; socorre las necesidades de los enfermos; reanima el corazón de los atribulados; asiste a los agonizantes; protege a tus suplicantes servidores de los asaltos de los demonios; lleva contigo a los que te aman al premio de la eterna bienaventuranza, donde con tu amadísimo Hijo Jesucristo reinas con felicidad por siempre. Amén".

LIBRO TERCERO AMAR A MARÍA

Capítulo I

A Jesús con María

1) Es justo y lógico que, después del recuerdo de la santa cruz, se tenga también un especial recuerdo de los dolores de la Santísima siempre Virgen María, Madre de Dios, la cual estuvo fielmente al lado de su querido Hijo Jesús, que pendía de la cruz y moría por la salvación de todo el mundo. Espectáculo desgarrador, el de la Madre y el del Hijo crucificado: el de la Madre que llora y el del Hijo que sufre por ella; de la Madre anonadada de dolor y del Hijo que le habla; de la Madre que está al pie de la cruz y del Hijo que pende de la cruz, de la Madre que suspira y del Hijo que expira. Abismo de inmenso dolor, que no debe olvidarse nunca, sino que debe conservarse fuertemente grabado en el corazón de los fieles.

2) Pilato hizo escribir sobre la tablilla fijada en la cruz: "Jesús Nazareno, rey de los judíos" (Jn 19, 19). Escríbelo tú también con letras de oro en tu corazón, contra los escarnios de los hombres y el terror de los demonios, y Jesucristo, Rey del cielo, te libraré de toda persecución de los malvados. Si así lo hicieres, también estará a tu lado con sus oraciones María, la Madre de Jesús, para que no te desesperes en las angustias y en los últimos instantes de tu vida.

3) Ninguna madre experimentó tanta alegría ni tanto consuelo en el nacimiento del propio hijo, como los que experimentó esta Santísima Madre, que mereció concebir y dar a luz al Hijo de Dios. De igual modo, ninguna madre sufrió y soportó tanto abatimiento y tan desgarrante dolor por la muerte del propio hijo, como esta amantísima Madre en la pasión de su querido Hijo, al participar en sus dolores. Se mantuvo firme aliado de su cruz y, transida por la espada del dolor, lloró con inmensa amargura.

4) Al observar tamaños sufrimientos en el Hijo, al que amaba de manera singular y por encima de todo, se debió a un verdadero milagro el que haya podido seguir viviendo todavía en el cuerpo, mientras su alma era traspasada por la espada del dolor todas las veces que vio y oyó al Hijo lamentarse, dilacerado y escarnecido. Martirio realmente único para la Madre desolada y para la Virgen

tierna, con el corazón atormentado y sufriendo con el Hijo más atrozmente que un mártir tendido sobre el caballete de tortura.

5) Si ustedes, hermanos, aman a nuestra Señora, y si desean su ayuda en todas las tribulaciones, deténganse con ella junto a la cruz de Jesús, tomando parte de todo corazón en los padecimientos de ambos, para que ella, en la hora de su muerte, ruegue solícitamente a fin de que se les perdonen sus pecados y sus faltas. Efectivamente, el que ruega, recuerda y medita con devoción y frecuencia la pasión del Señor y las lágrimas de su dolorosísima Madre, bien puede esperar en la misericordia de Dios y en la bondad de la Madre y del Hijo, que ellos estén presentes en sus necesidades y lo conforten al momento de morir. ¡Qué dichosa aquella alma que amó en vida a Jesús y a María, y meditó diariamente la dolorosa presencia de ella al lado de la cruz de Jesús! Feliz el religioso que desprecia todos los placeres mundanos y ha elegido a nuestra Señora como Madre consoladora, guardiana y protectora de toda su vida.

6) Nadie puede dudar que la buena y misericordiosa Madre, consoladora de los pobres y auxiliadora de los huérfanos, gustosamente pronunciará una palabra dulce y bondadosa a favor del fiel servidor que esté por salir de este mundo. Apaciguará con sus santas oraciones el rostro de su amado Hijo y nuestro Redentor, diciendo: "Amorosísimo Hijo mío, ten piedad de tu siervo que me ama y me alaba, como tú mismo has visto y conoces. Los santos ángeles me anunciaban los frecuentes saludos que brotaban con devoción de sus labios, al recordar mis gozos, y cómo solía invitar a numerosos hermanos para alabar con él tu santo nombre. El es nuestro secretario, y escribe libros de devoción. Yendo por la calle y al ver de lejos una cruz, se acuerda de tu pasión y te demuestra su atención, inclinándose delante de ella. Se trata del mismo que, al ver en una iglesia o en otro lado una imagen que te representa descansando sobre mis rodillas o muerto entre mis brazos, se ponía triste, derramaba lágrimas, sollozaba, rezaba doblando las rodillas y te adoraba. El no se alejó nunca de nosotros sin darnos un beso de amor; y más bien, todos los días y todas las noches mantuvo vivo en su corazón el sentimiento compasivo por tus santas llagas y por las lágrimas de mis ojos, procurando efusivamente compadecerse de mí. Acuérdate, pues, de todo esto, mi muy querido Hijo, y concédele hallar misericordia ante ti. Te suplico fuertemente en su favor, junto con todos tus ángeles y santos".

7) Obren así, hermanos, mientras están bien y tienen todavía tiempo para enmendarse. Procúrense amigos y abogados tales, que puedan decir una buena palabra, grata a Dios, para disculpar sus ofensas y sus deudas; y que los puedan recibir en sus eternas moradas, después de los peligros y las fatigosas luchas de este mundo, ya que es imposible que ustedes encuentren amigos más fieles y poderosos en el cielo y sobre la tierra que Jesús, Rey de los ángeles, y que María, nuestra Señora y Reina del cielo. Si aman a Jesús, tomen su cruz, sigan su cruz, permanezcan al lado de su cruz, abrácenla y no la abandonen hasta que no estén junto a Jesús, verdadera luz, quien dijo: "El que me sigue no camina en las tinieblas". Si desean ser consolados en cualquier tribulación, acérquense a María, Madre de Jesús, que está de pie junto a la cruz, dolorida y bañada en lágrimas, y todo lo que los oprime se disipará o se volverá más soportable. Antes de morir, elijan a esta benignísima Madre de Jesús por encima de todos los parientes y de todos los amigos, como su Madre y Abogada; y salúdenla frecuentemente con el Ave María, que tan grata le es.

8) Si el enemigo maligno los tienta y les impide invocar a Dios y a María, no se preocupen y no dejen de alabarlos y de rezar; pero con más fervor invoquen a María, saluden a María, piensen en María, nombren a María, honren a María, inclínense ante María, recomiéndense a María. Permanezcan en casa con María; guarden silencio con María, disfruten con María; sufran con María, trabajen con María; velen con María, oren con María; caminen con María, estén sentados con María; busquen a Jesús con María, estrechen entre sus brazos a Jesús con María. Vivan en Nazaret con Jesús y María, vayan a Jerusalén con María, estén junto a la cruz de Jesús con María, lloren con María; sepulten a Jesús con María, resuciten con Jesús y con María, suban al cielo con Jesús y con María; anhelan vivir con Jesús y con María.

9) Si meditan bien estos temas, hermanos, y si deciden ponerlos en práctica, el diablo huirá a la vista de ustedes, que progresarán en la vida espiritual. María, en su clemencia, rogará gustosamente por ustedes; y Jesús la escuchará de muy buena gana, por el respeto que tiene por la Madre. Es muy poca cosa lo que llevamos a cabo. Pero si nos acercamos al Padre por medio de María y de su Hijo Jesús, obtendremos misericordia y gracia en la tierra, y también gloria sin fin con ellos en el cielo. Amén.

10) Feliz el alma devota que en esta tierra tenga a Jesús y a María como íntimos amigos: comensales a la hora de comer, compañeros en los viajes, solícitos

en la necesidad, consoladores en los sufrimientos, consejeros en las incertidumbres, auxiliadores en los peligros y en el momento de la muerte. Dichoso el que se considera peregrino en esta tierra y estima como la máxima alegría tener de huéspedes a Jesús y María en lo profundo de su corazón.

Capítulo II

Eficacia del Ave María

1) Primer ejemplo. Un hermano había extraviado en su celda un librito y, a pesar de prolongadas y cuidadosas búsquedas no logró encontrarlo. Estaba muy entristecido por esta pérdida y se desvanecía su esperanza, hasta que se refugió en la oración e invocó a la Bienaventurada Virgen con el Ave María. Aconteció que, comenzando el Ave María y continuando en su aflicción por la pérdida, se le ocurrió esta inspiración: "Busca aquí, delante de ti, bajo la paja del lecho donde te encuentras rezando frente a la imagen de María". Estiró enseguida la mano para averiguar si estaba allí abajo y he aquí que, apenas hubo levantado un poco de paja, encontró el librito y lo retiró. Emocionado lo besaba, agradeciendo a Dios y a la Bienaventurada Virgen; y acabó de rezar el Ave María, que había sólo comenzado. Pensaba: "Tal vez nuestra Señora deseaba recibir algunas Avemarías. Por eso no he podido hallar de inmediato el librito". Está bien, entonces, recitar a menudo el Ave María, invocando devotamente a la Madre de Jesús.

2) Segundo ejemplo. Otro hermano, mientras estaba escribiendo un libro en su celda, era molestado por el diablo con malos pensamientos. Por lo que se levantó indignado, con la intención de salir de la celda. Pero antes de hacerlo, tuvo una inspiración divina: miró la imagen de la Virgen Bienaventurada, que tenía consigo y acostumbraba saludar con devoción. Se arrodilló y comenzó a repetir el Ave María con las manos juntas. Súbitamente fue ayudado por la gracia divina. En efecto, acudieron a él María, nuestra Señora, y su divino Hijo. Entonces concluyó el Ave María que, a causa de la agitación, sólo había comenzado. Cuando dijo: "...Jesucristo. Amén", sintió en sí mismo el poder de Dios y desapareció toda tentación. Se maravilló de haber sido atendido con tanta rapidez y comprendió la gran utilidad del Ave María contra cualquier tentación del enemigo. Agradeció, pues, a Dios y dijo para sí: "Ahora entiendo que nuestra Señora Santa María es poderosa, y puede ayudar a todos los que recurren a ella". La noche siguiente se le apareció en sueños esta visión: le parecía que caminaba

solo por el huerto adyacente al límite de la ciudad. Se le apareció Satanás y comenzó a espantarlo y a ponerlo en fuga. El fraile, impresionado de su aspecto, comenzó a correr para salvarse de él. No atreviéndose a salir fuera de los confines del monasterio, dejó pronto de correr y cayó en un foso de agua, lleno de fango. Tenía miedo de ahogarse, pues no había un alma viviente que le estirase una mano para ayudarlo. Entonces comenzó a recitar el Ave María y a pedir auxilio. Profundamente aliviado, casi liberado del lazo de la muerte, volvió en sí. Levantándose del lecho, comenzó a llorar de alegría y, de rodillas, rezó muchas Avemarías, añadiendo también estas palabras: "Ave María, dulce Señora nuestra, llena de gracia, el Señor esté contigo, puerta de la misericordia".

3) Tercer ejemplo. Dos frailes regulares caminaban juntos hacia una montaña, para visitar a parientes y a fieles en Cristo. Sucedió que se desviaron un tanto del camino justo. Entonces, el monje más anciano dijo al más joven: "Hermano, me parece que nos hemos equivocado; por lo tanto volvamos atrás", y comenzó a rezar y a invocar a la Virgen Bienaventurada, para que les enviase un práctico que indicara el camino correcto. Habiendo recitado algunas "plegarias, himnos y colectas en honor de la Bienaventurada Virgen, he aquí que se presentó de improviso un hombre con aspecto de peregrino, que llevaba sobre sus hombros un bastón y un bolso de viaje. Este saludó a los dos frailes y dijo que se estaba dirigiendo hacia la montaña, para ganar la indulgencia de san Quirino. Gustosamente se unió a ellos. Sin demora siguieron al guía por el justo camino durante un largo trayecto, hasta que llegaron al lugar adonde tenían que ir. Entonces el fraile más anciano, comprendiendo que se les había concedido una ayuda divina, agradeció a la Virgen Santa por haber enviado a un guía que los condujera a la meta, recordando las palabras de san Pedro: "Descarguen en él todas sus inquietudes, ya que él se ocupa de ustedes" (1 Ped 5, 7).

4) Cuarto ejemplo. Un fraile, cuando tenía tribulaciones, solía invocar a Jesús y a la piadosísima Madre María y cuando era tentado por alguna viciosa pasión o tristeza, se refugiaba en la meditación de la pasión de Jesús, rezando el Ave María e invocando el auxilio de Jesús y María contra la tentación. Una noche vio en sueños al diablo, que se acercaba y quería hacerle daño. Temiendo le sucediera lo peor, sin posibilidad de escapatoria, comenzó a recitar en voz baja el Ave María.

Cuando el diablo lo oyó invocar a Jesús, inmediatamente se alejó de él y comenzó a huir a toda velocidad. Al ver esto, el hermano empezó a gritarle de atrás: "Jesús, Jesús", y cuanto más fuerte gritaba ese nombre, tanto más velozmente

se alejaba Satanás aterrizado por el dulce nombre de Jesús y de María su Madre, y desapareció. Frente al hecho soñado, el monje se despertó por la inesperada alegría y exclamó: "Si con un Ave María puedo poner en fuga al diablo, ¿qué tengo que temer?".

5) Quinto ejemplo. En nuestro convento había un fraile anciano llamado Egberto. Era devoto a Dios y a la Bienaventurada Virgen, como también fervoroso amante de la santa pobreza. En la medida en que se lo permitían sus fuerzas, trabajaba intensamente, labrando la tierra con la azada o arando. Mientras transpiraba en su dura labor, pensaba en los dolores de la pasión de Cristo. Luego, cansado por el trabajo y con el fin de dar alivio al cuerpo, insistía en la oración. Largo tiempo el diablo lo tentó para que abandonara el monasterio y se fuera a mendigar por el mundo, diciéndole que eso era más agradable a Dios y que así se despojaría de las comodidades de las que él se consideraba indigno. Pero abandonó este proyecto por consejo del prior y por las recomendaciones de los cohermanos, evitando de este modo afrontar peligros y cometer errores al andar vagando por el mundo. Con frecuencia el astuto tentador engaña bajo las apariencias de un ángel y aleja las almas del camino del bien. De todos modos, como no estaba contento de permanecer en el convento, pero tampoco quería abandonarlo sin el debido permiso, se dirigió a la Virgen Bienaventurada mediante la oración. Un día, cansado por el trabajo, se arrodilló para rezar según su costumbre. Mientras se hallaba a solas postrado en el suelo, se durmió dulcemente y vio a la Venerable Señora que estaba a su lado y le decía estas palabras: "Quédate en este lugar y haz lo que te han dicho el prior y los cohermanos". Después de esta indicación, la Señora desapareció y el fraile, vuelto en sí, lloró copiosamente. Se dirigió con rapidez adonde estaba el prior y entre gemidos y llanto le relató la que había visto y oído. El prior, como buen pastor, respondió con palabras de aliento a la triste ovejita: "Esto me agrada, querido Egberto. Quédate con nosotros, tal como hace un rato te la ha recomendado nuestra Señora". El fraile no siguió viviendo mucho tiempo; pero a cambio de una breve labor recibiría el premio de la vida eterna. Perseverando en la paciencia y en la obediencia, se durmió en el Señor en la mañana de la octava de san Juan apóstol y evangelista, del año 1420.

Capítulo III

Efectos de la devoción a María

1) "Mi recuerdo es más dulce que la miel" (Ecli 24, 19). Estas palabras de la Eterna Sabiduría se aplican decorosa y oportunamente a la Madre de la misericordiosa, de la que nació Cristo, sol de la justicia. Dulce es Jesús, dulce es María, porque en ellos no hay amargura alguna, sino suma piedad, mansedumbre, caridad e inmensa misericordia. Dichoso el que sigue las huellas del humilde Jesús y se dirige con devoción a su Madre, para encontrar gracia ante ellos. Por la tanto, fidelísimo servidor de Dios, reúne en un cuaderno lo que hizo y enseñó Jesús, y te será más útil que todos los tesoros del mundo. Medita frecuentemente en las acciones y las palabras de su Santísima Madre, que serán de enorme consuelo para el alma y más perfumadas que todos los aromas.

2) El cuerpo ama los buenos olores y se reanima con el sustento de los alimentos; el alma en cambio se nutre, se robustece y se regocija con sólidas virtudes y santas meditaciones. Por eso, cuanto mayor sea la dedicación para perfeccionarse bajo la guía y en la escuela de los más nobles maestros, tanto más eficazmente se aprende y, en breve tiempo, se llega al colmo de la felicidad. Ahora bien, los más grandes maestros de las virtudes y las más destacadas luminarias de toda la santidad son Jesús y María, y son los que tienes que proponer a tu pequeñez para modelos de imitación, como si estuviesen delante de ti. A ambos debes unirte, haciéndote familiar suyo, dedicándote a ellos; y, en cualquier circunstancia en que oigas hablar de los mismos, detente a escuchar con diligencia cada punto y luego recapacítalo largo rato, y reflexiona atentamente acerca de lo que suscita edificación y dulzura.

3) Cada vez que estés por recitar las divinas alabanzas o por realizar cualquier acción, a solas o con los otros, eleva primeramente los ojos al cielo e invoca con ternura a Jesús y a María, poniéndote entre súplicas bajo su vigilante protección, haciendo la ofrenda de ti mismo a su beneplácito, a fin de que tu acción sea grata a Dios, útil al prójimo y meritoria para ti. Que tu mente sea siempre pura, tu voluntad decidida, discreto tu trabajo, controladas tus palabras, bien terminadas tus acciones. Que todo se desarrolle para alabanza de Jesús y de su bendita Madre.

4) Comienza en la tierra a alabarlos, a venerarlos y a amarlos, para que puedas merecer la gracia de reinar con ellos, bendecirlos y ensalzarlos eternamente en

unión con los ángeles y los santos. Es hermoso y suave alabar a Jesús, es amable y gracioso alabar a María. Alábalos en la alegría, alábalos en la tristeza, porque son dignos de toda alabanza y deben ser igualmente invocados en cualquier circunstancia. Cuanto más a menudo te ejercites en alabarlos, tanto más crecerás en su amor y te robustecerás en la gracia de su devoción.

5) Ellos no se olvidarán jamás de ti, mientras tú no los olvides. Pero si desgraciadamente te olvidaras o te comportaras mal, si tu devoción de antes se hubiese enfriado, tendrás que sancionarte con oportunos castigos, deplorar con amargura tus malos pasos, aprender a hablar más a menudo con Dios y a custodiar con mayor vigilancia la gracia que te ha sido dada. Acuérdate, pues, de los beneficios de Jesús y María, y lamenta tu negligencia y la grave ingratitud, en que neciamente has incurrido.

6) Feliz el que escucha con atención las amonestaciones que Jesús le dirige, para que se corrija y, después del amargo llanto, se sienta nuevamente arrobado por los dichosos éxtasis del alma. La conmiseración de Jesús es más grande que todos los pecados, y la benignidad de María no podrá agotarse jamás. ¡Oh, si tú pudieras progresar mucho en el amor de Jesús, y servir digna y devotamente a su bendita Madre María! Pero, ¿qué podrías hacer tú, que ni siquiera eres digno de pronunciar su nombre, ya que eres frágil, tibio, negligente y, por añadidura, los ofendes con frecuencia de muchas maneras? ¿Cómo podrías alabarlos, si la alabanza en la boca de un pecador no es aceptada, dado que santos pueden ser solamente los que son juntos y dignos? Pero entonces, ¿debes callarte o hablar? Ay de ti, si no hablaras; pero ay de ti también si hablaras con labios indignos. En suma, ¿qué debes hacer para hallar misericordia y no incurrir en pecado?

7) Para conseguir la benevolencia del benignísimo Jesús y de su muy misericordiosa Madre, nada mejor hay para ti que humillarte en cualquier circunstancia, sometiéndote a todos, manteniéndote siempre en el último lugar y considerándote sinceramente indigno y ruin. Si en cambio te crees capaz de llevar a cabo algo bueno, toma conciencia de tu nulidad. Sólo así podrás aplacar a Dios, Jesús tendrá compasión de ti y también María rogará por ti. Serás consolado en tu humildad, y no quedarás confundido delante de ellos, sino que recibirás copiosos dones, mientras elevas cantos de alabanza. Si no eres apto para alabarlos dignamente, procede del mejor modo posible, ofreciendo lo que tengas, ya que

la buena intención te ayudará hasta que estés en condiciones de proporcionar mejores obsequios.

8) Los más grandes y los más devotos alaban magníficamente; los que sólo tienen un poco de aceite, que lo ofrezcan de buena gana al Hijo y lo consagren a la Madre de la gracia. Habría que hacer callar ante la excelencia de la gloria y de la dignidad del magnífico Hijo de una Madre Virgen, pero como María no desprecia a los pequeños ni a los pecadores, admitirá misericordiosamente tu alabanza dentro del coro de los que la alaban, como afirma el santo profeta: "El pobre y el miserable alabarán su nombre". Esto debía decirse, aunque brevemente, según las propias modestas posibilidades, pero con lenguaje sencillo y con sinceridad.

9) ¿Acaso Jesús y María no fueron los más humildes sobre la tierra? Y, sin embargo, ¿no son los más grandes en el cielo? Jesús se hizo siervo y María se llamó sirvienta. Pero el mundo entero ha experimentado la caridad de ambos; los santos ensalzan su dignidad; el coro de los ángeles los venera. Ojalá te encuentre a ti también con ellos, para que juntos, con incansable ritmo, entonemos himnos en honor del dulce nombre de Jesús y de la dulcísima Virgen María.

10) Es bello y dulce ponerse al servicio de Jesús y de María. Ellos fueron los primeros en ponerse a nuestro servicio con mucha fidelidad y humildad. Hijos de los hombres, sirvan al Señor, que se dignó servirlos a ustedes en tan gran medida; sirvan a la Madre de Dios, que tantos ejemplos de santo servicio les ha dejado. Es justo honrar a estos sumos patronos que pueden ayudarnos, puesto que por medio de ellos se conoce y se ejecuta la voluntad de Dios.

11) En cada momento implora a Jesús y a María, que te defiendan de los enemigos del alma y del cuerpo, y conceden los goces eternos a quienes son sus servidores. Recurre a Jesús y a María en toda necesidad, manifestándoles tus pedidos, confesándoles tus culpas y deplorando los pecados cometidos. Pide perdón, abraza la penitencia, recupera la esperanza, promete enmendarte y ten confianza en la ayuda de la gracia. Si caes fácilmente en pecado, esfuéstrate con diligencia en levantarte de nuevo. Jesús y María atenderán con gusto las oraciones del que los invoca, y no despreciarán el lamento de los necesitados. Hasta los ángeles estarán de fiesta cuando, de todo corazón, te hayas convertido de cualquier pecado y hayas abrazado una vida mejor, como le agrada a Cristo y a su bendita Madre. Procura tan sólo no ofenderlos, y ellos no te nega-

rán su ayuda, ríndeles el debido honor y te tomarán a su cuidado con el mayor esmero.

12) Oración. A ti, Señor Jesús, y a tu Santísima Madre María, encomiendo mi alma y mi cuerpo para que los guarden para la vida eterna. Oh Jesús y María, mi única esperanza, que en toda tribulación y angustia me socorra su piedad. Ustedes son mis poderosísimos patronos, dignos de ser amados más que todos los santos. Yo, pobre y peregrino en esta tierra, no tengo a nadie, entre todos mis amigos y conocidos, que sea tan fiel y tan amado como ustedes, en quienes confío.

Capítulo IV

Recuerdo y devoción de María

1) María es amiga de la pobreza, el camino de la humildad, el modelo de la paciencia y de la perfección en todo. Desde el nacimiento de Jesús llevó una vida muy pobre, y hasta la muerte de él en cruz fue siempre paciente. Es dulce seguirla, es justo honrarla con humilde y devoto homenaje; se debe pensar cada día en lo que se le puede ofrecer dignamente en señal de gratitud y de amor.

2) Seguramente querrás gozar en el cielo con María, pero tienes que soportar de buena gana con María también la pobreza y el desprecio en la tierra. Reflexiona acerca de sus humildes costumbres y su virginal reserva con las amigas; refrena tus ligerezas y huye del bullicio. No ofendas a Jesús y a María con discursos frívolos y con acciones indignas, porque no es asunto de poca monta ofender a amigos tan queridos. Ellos están a tu lado, en todo lo que hicieres; y, en la medida del empeño con que te esfuerzas en enmendarte, acudirán a tu encuentro con su auxilio. Su prudencia es superior a tu malicia y su benignidad te conducirá a la penitencia.

3) Si reconoces tus errores, cambia tu vida para mejorarla; persevera en el bien y dale devotamente gracias a Dios por sus dones. Hizo otro tanto la Bienaventurada Virgen María, colmada del Espíritu Santo, cuando gestaba a Jesús en su seno. A ejemplo de su mansedumbre, aprende a soportar con paciencia las cruces que encuentres, sometiénote a la voluntad de Dios, tal como él lo ha establecido desde toda la eternidad. Jesús será tu fuerza y María tu fidelísima Madre, si te comportas como hijo dócil y como servidor devoto, siempre

dispuesto a hacer el bien. ¿Quieres practicar lo que agrada a la Virgen Bienaventurada? "Se humilde, paciente, sobrio, casto y púdico; fervoroso, manso, profundamente devoto, sean raras tus salidas, lee y escribe, pero más a menudo ruega".

4) Que el servicio a María nunca te parezca largo ni pesado, porque servir con el corazón y la palabra a semejante Reina proporciona deleite y alegría. Te procurará, además, una notable recompensa por cualquier acto, aunque mínimo, que hicieras en su honor. La humilde Madre no menosprecia las humildes atenciones; la piadosa Virgen acepta de buena gana aun los modestos obsequios, cuando se ofrecen con espontaneidad y devoción. La dulce Reina y Señora misericordiosa sabe bien que no somos aptos para ofrecerle grandes cosas, ni exige de sus pobres servidores actitudes imposibles. No busca ni necesita nuestros bienes María, a cuya indicación obedece el paraíso. Ella quiere nuestro bien, cuando busca nuestro servicio; desea nuestra salvación, cuando nos pide que la alabemos; persigue la ocasión de ayudarnos, cuando nos incita a honrar su nombre, puesto que se complace en renovar a sus servidores. En suma, es fidelísima en las promesas y muy generosa en los dones.

5) María está colmada de delicias y siempre es alegrada por los cantos de los ángeles; sin embargo, disfruta cuando los creyentes se ponen a su servicio, porque así se difunden en mayor escala la gloria de Dios y la salvación para muchos. Se conmueve hasta las lágrimas de los indigentes; compadece los sufrimientos de los atribulados; socorre en los peligros a los que son tentados, y escucha las oraciones de los devotos. Si alguien se dirige a ella sin vacilaciones y con humildad, invocando su dulce y glorioso nombre, no se alejará con las manos vacías.

6) Cuenta con numerosos aliados y la obedecen los coros de los ángeles, a los que puede mandar en ayuda de los abandonados. Ordena a los demonios, para que no se atrevan a tentar a ninguno de los que le han pedido auxilio y se han puesto bajo su protección. Los espíritus malignos tienen terror a la Reina del cielo y emprenden la fuga apenas oyen su santo nombre, como si huyeran del fuego. Sienten espanto del sagrado y temible nombre de María, mientras que él resulta sumamente amable e invocado en todas partes por los cristianos; no osan hacerse visibles ni ejercer su nefasto poder allí donde saben que brilla el nombre de María Santísima porque, al sólo oír este nombre, se desploman violentamente al piso, como si cayera un rayo del cielo y cuanto más frecuente-

mente se invoca este nombre con amor y fervor, tanto más velozmente y más lejos huyen ellos.

7) Por consiguiente, el nombre de María debe ser venerado y amado por todos los fieles, preferido por los religiosos, recomendado por los laicos, inculcado a los pecadores, sugerido a los enfermos e invocado por todos en los peligros, puesto que María es la más cercana a Dios y la más querida de su bendito Hijo Jesús. Es, por lo tanto, omnipotente por gracia para interceder a favor de los desgraciados hijos de Adán, a fin de que el Señor pueda perdonarles las culpas y socorrerlos en las ocasiones de riesgo. Si la ocasión se presenta, María no dejará por cierto de pronunciar una buena palabra al oído de su Hijo y de implorar misericordia por los necesitados. Y, en toda causa confiada a ella, es inmediatamente escuchada por su singular dignidad, dado que su amoroso Hijo Jesús, autor de la salvación del género humano, la honra no negándole nada.

8) Por eso, cualquier fiel y devoto, que desea evitar los naufragios del mundo y alcanzar el puerto de la salvación eterna, tiene que refugiarse en María, nuestra Señora, cuya inconmensurable bondad es experimentada de modo particular y con mayor fuerza por los desgraciados. Por lo mismo, es justo esperar de ella incluso los más grandes dones. En realidad, la misericordia creció en ella desde la infancia. Y, por cierto, no la abandonó cuando subió al cielo, antes bien, la colmó de sí con mayor abundancia y suavidad. Por la cual no podrá jamás olvidar a sus pobrecitos. Aunque sea la más grande de todos y se encuentre inmersa en gozos que la hacen tan feliz, no se olvida jamás de su humildad, por la que mereció ser enaltecida por encima de los demás. Ella sabe inclinarse aun hacia los más pequeños entre sus servidores y es feliz de que se la considere abogada de los desgraciados y se la invoque como Madre de los huérfanos. Amén.

Capítulo V

Dolores y consuelos de María

1) Debes meditar con gran tesón los ejemplos de la amable Virgen María, la que, como exquisita mirra, produjo perfumados frutos de paciencia, y fue henchida de manera suavísima, en sobreabundante medida, de consoladoras dulzuras divinas. También tú encontrarás grandísimos consuelos, si llevas en el corazón el nombre de María. Mientras estés bien con ella, sacarás muchas ventajas, porque su amor expulsa todo ardor de la concupiscencia carnal, da el alivio de la

castidad; induce a despreciar el mundo; hace servir a Cristo en la humildad; ahuyenta a toda mala compañía y educa para una vida casta y religiosa.

2) Ama a María, entonces, y recibirás una gracia especial; invoca a María, y obtendrás victoria; honra a María, y conseguirás la eterna recompensa. Acarrea dos beneficios especiales el vivir con ella: enseña a agradecer a Dios desde lo profundo del corazón, cuando las cosas andan bien; y a soportarlas con paciencia, cuando andan mal. Ella fue la primera en agradecer continuamente y con todas sus fuerzas a Dios, por los beneficios que recibió de él más que todos los otros; y se portó siempre con mansedumbre en todos los sufrimientos de este mundo, prefiriendo constantemente las cosas más humildes a las que connotan jactancia. No vivió un solo día sin dolores y, sin embargo, en medio de las angustias, nunca careció de gran consuelo, porque toda tribulación abrazada por Cristo produce dulzura y alegría, y con cuanta mayor frecuencia uno es tomado como blanco y herido por el mal, tanto más merece ser ayudado.

3) La Virgen Bienaventurada sufrió muchísimo por los errores del mundo y por la perversidad de tanta gente; se compadeció de los que estaban verdaderamente arrepentidos o duramente tentados. Se afligió por la enorme ingratitud de los hombres, para quienes Dios Padre, había mandado a su Hijo unigénito, encarnado por amor, a fin de que reconquistaran el paraíso, que un día habían perdido por el pecado de Adán. Se apesadumbró por la condenación de los malos, que, despreciando la palabra de Dios preferían el mundo antes que el cielo, y perseguían las falaces riquezas en vez de las auténticas virtudes. Sufrió por la persecución de los inocentes y la violencia de los malvados, por el desprecio de los pobres y la altanería de los soberbios, por el descuido del culto divino y la trasgresión de los mandamientos de Dios y constituía para ella motivo de profundo padecimiento el hecho de que el mundo entero estuviese sumergido en el mal y fuesen pocos los dispuestos a recibir la luz eterna, encendida en el mundo por medio de ella, Madre de inmensa piedad. Tuvo para con todos grandísima paciencia y llevó una vida repleta de sufrimientos, al mismo tiempo que rogaba con lágrimas y sollozos por la salvación de las almas.

4) Si quieres conocer más a fondo cuáles y cuántos sufrimientos aguantó María en la persecución y en la pasión de su amado Hijo, sabrás que bebió hasta la última gota el cáliz de tantos amargos pesares como los que bebió Jesús en cada instante de su vida y a causa de todas las heridas infligidas a su cuerpo. Efectivamente, ¿cuándo Jesús tuvo que sufrir de parte de los hombres contra-

riedad y desprecio, sin que también ella los sufriese por compasión? Si ella sufrió, cuando perdió a Jesús sólo por algún día, ¿cuánto no habrá llorado al verlo crucificado y luego muerto? Los que aman a Jesús saben bien que el afecto maternal de María superó en el sufrimiento al de todas las almas piadosas. Por lo cual, si quieres conocer la violencia del dolor en la Madre, piensa en la vehemencia del amor en la Virgen.

5) Nadie puede expresar el gozo de María; nadie está en condiciones de comprender la abundancia de su dulzura y la grandeza de su consuelo, porque donde más sobreabunda la gracia, más sobreabundan la alegría y el consuelo, y también Dios con mayor frecuencia suele efectuar sus visitas. De lo cual se sigue que siempre más fervorosamente aumenta el amor por la alabanza de Dios y se renueva toda la vida interior del hombre. Por lo tanto, la gracia celestial no permite que un cristiano, que ama a Dios sobre todas las cosas, viva sin consuelo interior, sino que lo eleva de continuo a los bienes celestiales y lo ilumina sabiamente acerca de lo que conviene hacer. Lo enardece en las santas meditaciones y lo impulsa al agradecimiento, puesto que cuanto más grande es la gracia y más pura la vida, tanto más jubilosa es la conciencia y más devota la plegaria.

6) Una vida alejada del bullicio del mundo y de los malos deseos siente una sed constante y siempre más intensa de que se la introduzca en los coros de los ángeles, se eleva por encima de las realidades presentes y arde en deseos de gozar de la Suma Trinidad en la eterna gloria. Gloria que ningún santo en esta vida saboreó anticipadamente con mayor intensidad que la bendita y gloriosa Virgen María, constituida como medianera más eficaz que todos aquellos que contemplan y bendicen a Dios.

7) Después de haber escuchado el elogio de sus alabanzas, imita tú también a la Madre de Dios, para que puedas merecer el formar parte del número de sus devotos. Esfuérzate por seguir cuidadosamente a María Santísima en sus celebradas virtudes, y conseguirás la palma de la gloria celestial. Entristécese mucho por tus pasadas negligencias y por los defectos aún no vencidos, con los que has ofendido a Dios y a todas las criaturas. Obraste mal en esta tierra y te portaste con tibieza en el servicio de Cristo, por lo cual debes llorar ante todo a causa de ti mismo y luego, por caridad, a causa del prójimo. Por lo tanto, compadécete de aquellos que en los peligros se comportan mal y no lo advierten. Muchos, aun reconociendo sus propias maldades, no se enmiendan. Por estos es

necesario afligirse y rezar, para que Dios les conceda el espíritu de compunción para poder salvarse.

8) Ruega por tus amigos y benefactores; ruega también por tus detractores, para que a los buenos, se les conceda una gracia adecuada, a los enemigos un juicio con equidad, a todos la paz y la misericordia de Cristo. Ruega con el fin de que todos los hombres, por los cuales Dios realizó tantas maravillas y se rebajó, sometiéndose humildemente a María y a José, lo amen, practiquen sus mandamientos y den gloria a su Creador.

9) Sé reconocido a los beneficios que Dios gratuitamente ha concedido a todo el género humano por medio de su Santísima Madre, y tribútale a ella continuamente gratitud y honor, puesto que, si la ley natural ordena tener respeto y amor por los progenitores carnales, mucho más los hijos de la Iglesia deben sentirse agradecidos y obligados respecto de su Madre espiritual, y amar a la Madre de Dios más que a todos los parientes y allegados. Es necesario que aprendas a elevarte hacia Dios con María por medio de alabanzas y plegarias. Es necesario que te apoyes confiadamente en su patrocinio, sin creerte seguro con tus fuerzas, para que tu mente, agobiada por las pasiones, no quede enredada en las bajezas, sino que, enardecida cada día por nuevos deseos, pueda tender libremente hacia lo alto, donde reina felizmente con Jesús, Rey de los ángeles, la dulce Virgen María, gloriosa Reina del cielo.

10) Lamentablemente, después de haber gustado por breve tiempo los divinos consuelos, la debilidad de la carne te empuja una vez más a bajar a este valle de lágrimas. Pero entonces tienes que recurrir con todas tus fuerzas a la Madre de las abundantes misericordias, para que sugiera a su Hijo compasivo que tú no tienes más vino y necesitas el sagrado unguento de la devoción para poder alabarlo dignamente. Es él, en efecto, el que toma a su cuidado a los pobres, a los que desprecian el mundo y a los que en el mundo son despreciados a causa de Jesús y del evangelio del Reino. Por lo cual es muy útil saber dónde encontrar refugio contra el enemigo, al reparo de los agudos dardos, y dónde refugiarse del frío y de las tempestuosas tribulaciones. No hay lugar donde refugiarse más seguro que el regazo de María, ni cabalgadura más veloz para huir de las manos del tentador que una oración dirigida con fe a la fortaleza de María, nuestra Reina.

11) El mismo Jesús entró en esta fortaleza, asumiendo de ella los sagrados miembros de su cuerpo, con el fin de vencer al príncipe de las tinieblas. Tú también, entonces, entra para refugiarte a la sombra de esta fortaleza, rogando día y noche ser salvado, por los méritos de la Santísima Virgen, de todos los males que te amenazan, manteniéndote a buen seguro bajo el amplio manto de nuestra Señora, ya que, cuando María ruega, desaparece toda horda maligna. Si María te ayuda, te salvarás de todo peligro. En ella encuentra refugio el pobre; halla remedio el enfermo; encuentra consuelo el afligido; recibe consejos el vacilante; encuentra energía el descorazonado. Será un bien, mejor dicho, un gran bien para ti, si lo merecieras y si fueras propenso y dócil a los deseos de María, porque recibirás sus favores aquí en la tierra y la gloria con todos los elegidos en el cielo. Estréchate a María y no la sueltes, hasta que te haya conducido con su feliz orientación a la mansión del cielo. Amén.

Capítulo VI

María nos muestra su Hijo Jesús

1) El hijo. Regocíjate hoy, Santa María, porque das a luz los gozos de la nueva alianza; regocíjate, Madre Intacta, porque continúa tu virginidad florecida de gloria; regocíjate, Madre Virgen, porque fuiste preservada de la maldición y del oprobio de las mujeres. Puedes con justicia regocijarte en Jesús, tu Salvador, porque le brindas calor en tu seno y depositas con tus manos en el pesebre a aquel que los cielos no pueden contener. Con justicia adoras al que nació de ti en el tiempo, pero que como bien sabes, por encima de ti tiene a Dios como Padre. Con justicia le proporcionas los cuidados maternos, y dado que por su gracia llegaste a ser tan sublime y celestial, tu espíritu se regocija por encima de todas las cosas.

2) Que te alaben el cielo y la tierra, que toda su belleza te exprese su agradecimiento. Que mi alma te alabe, carísima Señora, que lo más íntimo de mi ser se regocije por completo delante de ti con suma reverencia. La lengua no es capaz de cantar tus alabanzas, ni la mente de meditar tus grandezas. Por eso, me arrodillo humildemente ante ti, oh María, Gran Madre de Dios. Acoge mis plegarias y escucha con maternal afecto los deseos de mi corazón.

3) Mi alma desea ver a Jesús, porque sé que él es mi bien. Muéstrame el tesoro escondido que reservadamente guardas junto a ti. Yo creo que Jesús es el Hijo

unigénito de Dios y el primogénito de tu fecunda virginidad. Confieso que es mi Dios, mi Creador y Redentor, que nació por mi salvación. A él le ruego, por tu medio, poderlo ver y adorar con reverencia. Tú lo envolviste en pañales, por lo cual no es fácil para los extraños verlo y reconocerlo. Por eso, ¿quién podría observarlo, si tú no te dignaras mostrarlo? En efecto, sólo por tu medio tenemos acceso al Hijo y por medio del Hijo al Padre.

4) Muéstrame, pues, a Jesús, y ya no necesito ver ninguna otra cosa. No pido ni deseo otro aliciente fuera de Jesús, tu Hijo, mi refugio particular, tu único gozo. Oh mi Señora, Santa María, ardo en deseos de ver a Jesús, a quien tú amas antes de todo y por encima de las demás cosas. Mi corazón desea a Jesús, mi afecto invoca a Jesús.

5) La Madre. Si quieres ver a Jesús, debes tener ojos puros y límpidos; debes comportarte con devoción y humildad en todas tus cosas; debes renunciar a todas las realidades terrenales y despreciarte a ti mismo.

6) El hijo. Amadísima María, yo sé que soy muy impuro y del todo indigno de ver a tu Hijo. Pero no puedo en absoluto permanecer callado, porque me siento impulsado por la gran inclinación a manifestar mi deseo. Yo sé que a Jesús le agrada ser rogado, y también sé que a ti te agrada ayudar al que ruega: por eso, no puedo fácilmente dejar de rogar...

Capítulo VII

Invocación de los santos nombres de Jesús y de la Bienaventurada Virgen.

1) Señor Jesucristo, tus caminos son hermosos y seguros para recorrerlos con rectitud y perfección; todos tus caminos son pacíficos y santos para conducir hacia tu Reino celestial a todos tus fieles y a los humildes de corazón.

2) Por lo tanto, cualquiera sea el sitio al que te dirijas, cualquiera el lugar en que camines o te detengas o te establezcas, invoca a Jesús y a María, su dulce Madre, repitiendo con amor esta santa invocación: "Señor, mi Dios, dirige mi camino delante de ti", y añadiendo esta otra semejante: "Oh buen Jesús, haz que sean firmes mis pasos a lo largo de tus caminos, a fin de que no se alejen para mirar las vanidades o para discurrir acerca de temas ociosos y nocivos para mi alma ". Repite esta dulce invocación incluso cuando te dispones a tomar

tu alimento, y tenla siempre al alcance de tu mano, como un bastón en que apoyarte, reiterándola a menudo con devoción.

3) Que Jesús y María estén siempre conmigo en el camino, en todo lugar y en todo momento, como buenos guardianes, para no correr peligro de equivocarme por senderos peligrosos y para que no me distraigan tantos fantasmas interiores y exteriores.

4) Esta santa invocación: "Jesús y María", es breve para decir y para recordar, pero también es dulce para meditar. Es eficaz protección, custodia fiel, amiga en el camino, dulce consuelo, auxilio poderoso, prudencia y perseverancia en el recto camino hacia la vida eterna, para todo débil peregrino que desprecie lo mundano; ella posee la fuerza de los mejores y más aguerridos combatientes que están al servicio de los reyes y de los príncipes de este mundo, y también de los santos del cielo y de la tierra. Ella une en el fervor espiritual a todos los ciudadanos del cielo, que siguen con todo respeto a Jesucristo y a María Santísima, su amada Madre, incomparablemente digna de toda alabanza y de todo honor de parte de cada cual. Por lo tanto, el que cuenta con Jesús y con María como compañeros en el camino de esta vida, los tendrá como afectuosos abogados en la hora de la muerte.

5) No abandones a Jesús, si deseas vivir y gozar por siempre con Jesús y María. Camina bien y con seguridad quien lleva en el corazón a Jesús y a María; los tiene siempre en los labios y los bendice; los llama con la voz y siente cómo se regocija su propio corazón; los invoca con la mirada, suspira con el semblante, los aplaca con besos, los abraza y los suplica de rodillas. Dichoso el que invoca a menudo y saluda con devoción a Jesús y María, el que los recuerda con cariño, los honra y canta festivamente en su honor. ¡Qué dulce es Jesús y qué dulce es María, su amada y santa Madre! Feliz el peregrino que, en todo lugar y en todo tiempo de su exilio en el cuerpo, se acuerda de la patria celestial, donde Jesús y María gozan con todos sus ángeles y santos en la más grande alegría y en la gloria eterna.

6) Feliz el peregrino que no pide quedarse en este mundo, pero desea desatarse y estar con Cristo en el cielo. Feliz el pobre y mendigo que cada día extiende la mano, para recibir el pan del cielo, y que, mientras no reciba por lo menos una migaja, no cesa de suplicar humildemente delante de la mesa de Dios. Dichoso el que es invitado a la cena del Cordero y recibe su sacramento, mientras no

llegue al supremo convite. En efecto, cada vez que alguien comulga con devoción o un sacerdote celebra con recogimiento en honor de Dios, espiritualmente comen y beben con Jesús bendito y con su Madre. Quien obra así es discípulo de Jesús, íntimo de la Bienaventurada Virgen María, compañero de los ángeles, conciudadano de los apóstoles, familiar de Dios, pariente de los santos y amigo del cielo. Él huye del bochinche y de las chácharas, medita las palabras de Jesús y controla con diligencia su corazón junto con los demás sentidos, para no ofender a Jesús, a María y a los otros santos.

LIBRO CUARTO ROGAR y CANTAR A MARÍA

Capítulo I

Oración para el amor y la alabanza de la Bienaventurada Virgen María

1) El hijo. Te ruego, benignísima Madre de Dios, Virgen María, que te dignes manifestarme ahora y por siempre a mí, tu pobre y débil servidor, tu misericordia y tu suavísima caridad, de las que estuviste siempre colmada, y tu me inocules en lo más profundo del corazón la dulzura que atesoras en el pecho y guardas escondida en tu sagrado seno, para que yo pueda amar con pureza e integridad de sentimiento, y alabarte con gran devoción y por encima de todas las cosas a ti, bendita Madre, y a tu Hijo unigénito y Señor nuestro Jesucristo. Con lo cual yo recibiría un gran beneficio, porque durante todos los días de mi vida en la tierra serviría con amor y fervor de espíritu a ti y a tu único Hijo.

2) Virgen María, rosa de oro, toda suave y bella, ruego que lleguen a ti mis oraciones, que elevo con insistencia. Por medio de ellas yo golpeo a la puerta de tu morada en la casa del Señor, confiado en tu generosa misericordia ahora y en cualquier momento de tribulación, porque eres Madre de la misericordia y a través de ti el pecador alcanza la más grande esperanza de perdón. Pero tu bondad y tu piedad son mayores de la que nosotros podemos pensar en la tierra, puesto que estás más allá de toda alabanza y de la gloria de los santos, e incluso superas a los ángeles en dulzura y mansedumbre, Virgen Bienaventurada y Venerable Señora.

3) Si así no fuera, ¿cómo podría infundirse en los miserables y en los pecadores una dulzura tan intensa en el consuelo, y cómo podría comunicarse tanta esperanza de perdón? Por otra parte, tú no podrías ser menos, ya que llevaste en tu seno durante nueve meses a Jesucristo, fuente de infinita bondad.

4) Tú eres la honra del cielo, el gozo y la dicha de todos los santos, la almohada revestida de oro del Santo de los santos, el alborozo y la expectación de los Padres antiguos. Por tu intermedio, Madre bendita y Virgen elegida de singular manera, a los que piden la misericordia divina se les promete y concede el perdón de los pecados, la gloria de los hijos de Dios y la bienaventuranza en el Reino de los cielos.

5) Estrella luminosísima que brillas en el cielo; Reina de la gloria, Señora del mundo, ninguna virgen llena de celestial virtud puede parangonarse con tu virginal belleza dado que, después de tu único Hijo Jesús, eres la primera entre todos los santos y santas, como asimismo la más noble criatura que Dios Padre previó antes de todos los siglos y creó en la plenitud de los tiempos, para que fueses la Madre Virgen de tu unigénito Hijo, dado a luz con estupendo gozo, inefable y eterno milagro, para la salvación de todos los creyentes.

6) Que todo el género humano te alabe, glorifique, venere en sumo grado y te ame íntimamente con máximo júbilo del corazón y con purísimo afecto, a ti, la más bella Reina de todas las vírgenes, oh siempre Virgen María, constituida como medianera de todo el mundo y que toda criatura del cielo y de la tierra, que Dios creó para alabanza y gloria de su altísimo nombre, eleve hasta ti, en acción de gracias, las más dulces melodías.

Capítulo II

Oración ante los sufrimientos de Cristo y de su Madre

1) El hijo. Doblo las rodillas ante ti, Señor Jesucristo, a quien contemplo suspendido en la cruz por mí. Te saludo, venerable imagen de mi Señor Jesucristo crucificado, por cuya sangre fui rescatado de manos del enemigo. Te agradezco, Salvador del mundo, que por mí hayas afrontado esta dolorísima muerte.

2) Dulcísimo Jesús, ruego por la abundancia de tu misericordia que me concedas compadecerme de todo corazón de tus penas y también de los dolores de

tu Santísima Madre, y derramar abundantes lágrimas al pie de la cruz junto con tu predilecto discípulo Juan, su fidelísimo custodio. Ten por cierto que para mí sería un alivio si, frente a la imagen de tu cruz, pudiese derramar lágrimas incluso exteriormente a causa de la intensidad de mi compasión por ti, que derramaste toda tu preciosa sangre por mí.

3) Como de ti proviene todo don, acepta en tu honor este deseo mío: que a partir de este momento y para siempre en mí se encienda, crezca y sea cada vez más profundamente sensible la memoria de tu santísima pasión, como también el recuerdo particular de tu gloriosa Madre, junto con tu predilecto discípulo y su custodio Juan; pero acepta igualmente el deseo de que mi vida sea mejor.

4) Te ruego, además, que tu crucifixión esté en el centro de mi reflexión, que mi estímulo sea el dolor de tu Madre, y mi intercesión el llanto de san Juan. Te ruego que la imagen desgarradora de tu muerte no permanezca sin producirme una profunda compasión del corazón. Haz de modo tal que, cuando recuerde tu pasión, o vea un crucifijo, sienta dentro de mí lo que les permitiste sentir a muchos devotos, tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Capítulo III

Oración a la Bienaventurada Virgen para obtener consuelo

1) El hijo. Misericordiosísima María, Madre de Dios, recibe a tu siervo que se dirige a ti en cada tribulación. Purísima Virgen, recíbeme como al único que no tiene quien lo consuele. Oh Señora mía, fíjate en mi aflicción y ábreme el seno de tu misericordia. Heme aquí: yo llamo, grito, pido y adoro.

2) No me aparto, ni te dejo. Permaneceré siempre a tu lado, hasta que te compadezcas de mí. Conozco tu incomparable dulzura y el maternal afecto de tu corazón, tan ardoroso por la abundancia del divino amor, que resulta inconcebible el temor de que llegue a faltar tu consuelo.

3) Yo acudo a ti con mucha frecuencia y con gran esperanza, para merecer siempre ser favorecido por tu auxilio y reanimado por el aliento de tus palabras, tanto si los asuntos me marchan bien como si me marchan mal. Si tú nos ofreces tus consuelos, ¿qué tristeza puede tener lugar en el corazón? , ¿Cómo el enemigo podría dañar al que siempre puede recurrir a ti?

4) Oh Madre tan benigna, presta oídos a mis plegarias; ofréceme, oh Virgen, tu jarro y dame un poco a beber. De la sobreabundancia de gracia que hay en ti hasta rebasar, derrama sobre mí un pequeño consuelo. Me es muy necesario en este momento y siempre viene bien, ni me desagradaría aunque fuese pequeño, puesto que una sola gota, escurrida de tu rostro a mis labios, es tan eficaz e importante que, en comparación, es vil e inútil cualquier elemento agradable de esta vida.

5) Por eso, muy amada María, rica y generosa en dones, admirablemente suave en tus expresiones de gracia, confórtame con tus amonestaciones, tú, en cuyo seno virginal habitó la Suma Sabiduría, el Espíritu Santo desde el principio te consagró, el ángel te custodió, el arcángel te instruyó y el poder del Altísimo te cubrió con su sombra. Di solamente una palabra y mi alma será consolada.

6) No pido cosas difíciles o imposibles, sino sólo esta: dime una palabra de íntimo aliento, que me dé gozo y alegría. Acudo a ti en la necesidad; recíbeme, pues, con rostro benigno. Tu servidor sabrá que ha hallado gracia ante ti, si le concedes algo amorosamente; Esto es, si no te demoras mucho en otorgarle el consuelo que implora de ti.

7) Carísima María, ven con tu dulce presencia a visitar mi corazón en sus tribulaciones, ya que sabes tan bien mitigar sus dolores y reconducirlos a una atmósfera de paz. Ven, piadosísima Señora, con una nueva gracia de Cristo, y con tu santa diestra levanta a tu servidor. Ven, elegida Madre de Dios, y muéstrame la bien conocida amplitud de tu misericordia, ya que, como lo ves, me encuentro mal parado; pero no me he olvidado ni me olvidaré jamás de ti. Ven, pues; ven, mi esperanza y mi dicha, Virgen María, porque si tú vienes y me hablas, vendrán a mí todos los bienes; y, en cambio, todos los males se mantendrán alejados.

8) Qué deseable, qué importante y qué gozoso será para mí escuchar las palabras de la Madre de mi Señor Jesucristo. ¿Cuáles palabras? Palabras benignas, muy dulces y amistosas, como las que oyó el apóstol Juan de boca de su amado Maestro, tu Hijo, al decir: "Aquí tienes a tu Madre". El lo oyó de labios de su Señor, pero yo deseo escucharlo de los tuyos, Señora mía, en mi espíritu y en mi mente devota. Dime, entonces: "Aquí tienes a tu Madre; heme aquí, soy yo".

Que, al sonido de esta tu dulcísima voz, mi alma se conforte y se regocije en tu presencia, como suele regocijarse un hijo que ha encontrado a su madre.

9) Que penetre, que penetre esta voz amiga en los oídos de mi corazón; y que a través de las suaves palabras de tu boca se me transmita al mismo tiempo algún consuelo sobrenatural del Espíritu Santo. Asuma mi corazón nueva confianza; aléjese el temor; no me turbe después la ambigüedad; no me atormente la desesperación con sus diversas tentaciones, pero fortalézcanme las palabras que he rogado escuchar de ti y confiarlas con más atención a mi corazón.

10) "He aquí a tu Madre". Abraza, pues, alma mía, esta recomendación. Abraza a la dulcísima María, abraza a la Madre de Dios con su Niño Jesús, el más hermoso entre los hombres; agradécele siempre, porque es ella quien escucha las oraciones de los pobres y no permite que se marche sin consuelo ninguno de los que delante de ella vio rezar con perseverancia. Esta es la Virgen María, Madre de Dios, la mística vara que, brotada de estirpe real, alumbró al almendro de la flor divina, Jesucristo, Rey y Salvador de todos, al que debemos tributar honor y gloria por los siglos.

Capítulo IV

Oración a la Bienaventurada Virgen María cuando surge una tribulación

1) Ave María, llena de gracia, el Señor es contigo, Virgen serena. Ave, particular esperanza de los necesitados. Ave, Madre benigna de los huérfanos. Oh María, cuando están cerradas todas las puertas del cielo y se me niega el acercarme a Dios a causa de mis pecados; cuando el buen ánimo y la fuerza de la mente me abandonan, y en nada puedo ya encontrar ayuda; cuando el tedio de la vida presente y la ansiedad del corazón me fuerzan de tal modo que ya nada me agrada en este mundo; cuando desaparece el estímulo del consuelo celestial y me oprime la agobiante desolación; cuando surgen los vientos de las tentaciones y se levantan los movimientos de las pasiones; cuando sobrevienen una imprevista enfermedad u otras adversidades; cuando todos estos hechos se vuelcan sobre mí, ¿adónde huiré y a quién me dirigiré fuera de ti, benignísima Consoladora de los pobres? ¿A quién pediré ayuda para llegar al puerto de la salvación, sino a la fulgidísima Estrella del mar, siempre esplendorosa, que no oculta jamás la gracia de su luz?

2) Oh María, dulce y querida Madre: eres la fulgidísima Estrella del mar, que consuelas a los que te miran y te invocan, y nos conduces con rapidez al puerto de la serenidad. Por lo tanto, hoy me dirijo a ti, y te suplico que me ayudes, puesto que todo lo que pidieras, lo obtendrás fácilmente de tu Hijo.

3) Si tú, mi muy gloriosa Señora, estuvieras conmigo, ¿quién podría estar en contra de mí? y si me concedieras la gracia, ¿quién podría rechazarme? Abre ampliamente tus brazos hacia mí, en este momento, y en ellos encontraré refugio. Di a mi alma: "Yo soy tu Abogada, no temas. Como una madre consuela a su hijo, así yo te consolaré". Esta es tu voz, dulce María.

4) Pero, ¿quién ayudará a mi corazón a escucharla siempre? ¡Qué dulces son tus palabras! Habla, Señora mía, al corazón de tu servidor, pues tu servidor te escucha. Yo soy servidor tuyo y servidor de tu Hijo. Pero digo más: tú eres mi Madre y Jesús es mi hermano. Me atrevo a añadir esto, porque tú lo has engendrado no sólo para ti, sino para todo el mundo.

5) Por lo mismo, no quiero llamar "madre" a ninguna otra en la tierra. Me rehúso a tener otra fuera de ti, Madre de Dios. No hay otra que pueda compararse contigo, por virtud, por belleza, por caridad y mansedumbre, por piedad y dulzura, por fidelidad y consuelo maternal, por misericordia y por tantos gestos de compasión.

6) Hoy me entrego confiadamente a ti, y deseo que esto sea confirmado para siempre por tu medio. Para vencer mi debilidad, basta con mantenerme en estrecha unión contigo. Por eso me alegraré y me consolaré profundamente en ti, y cantaré con júbilo las alabanzas de tu santo nombre.

7) ¡Qué bella y amable eres, mi Señora, Santa María, llena de toda gracia! Si alguien pudiese contar las estrellas del cielo, podría también enumerar tus virtudes, ya que así como son distantes los cielos de la tierra, igualmente dista tu vida de la vida de los hombres, y la brillantez de tu gloria resplandece muy por encima de los coros angelicales.

8) Suba hacia ti, entonces, mi pobre oración, oh nobilísima Señora, y pueda remontarse hasta tus oídos mi clamor, para que te dignes patrocinar mi causa ante tu Hijo, ya que, de por sí, nadie puede constar como justo por su propio juicio. Oh clementísima Señora, por el inmenso amor y la profunda confianza que siento por ti, te he manifestado mis necesidades y te las manifestaré to-

davía. Experimento efectivamente que dimana de ti un gran poder, y el recuerdo de tu nombre será siempre el aliciente de mi alma.

9) ¡Oh dulcísimo nombre de María, nombre de salvación y de gracia, que debe ser siempre recordado, pensado, pronunciado y venerado! Nombre celestial y verdaderamente angélico, que de la boca del evangelista ha sido piadosamente revelado a los fieles: "Y su nombre es María" (Lc 1, 27). Oh María, santísima y dignísima de toda alabanza, tú eres la puerta del cielo, el templo de Dios, el sagrario del Espíritu Santo.

10) Lo que advierto de hermoso y atractivo en las criaturas, lo que admiro de grande y de virtuoso en los santos, todo ello deseo compararlo con tu excelsa grandeza, porque es justo, como asimismo para todas las otras criaturas junto a mí, que lo transfiera en perpetua alabanza a ti, a quien he elegido como mi singular Madre y también fidelísima Abogada, a fin de merecer, después de esta vida, la gloria de tu bendito Hijo Jesucristo. Amén.

Capítulo V

Oración a la Bienaventurada Virgen para la hora de la muerte

1) Amabilísima Madre de Dios, siempre Virgen María, rica más allá de todo límite de una dulzura tan conspicua, que la mente humana no puede comprender ni expresar, yo, humilde servidor tuyo, me inclino sumisamente y con todo el afecto del corazón delante de tu gloriosísimo trono, ensalzado por todos los coros angelicales en el Reino de los cielos.

2) Tú la has merecido, dignísima Madre de Dios porque fuiste hallada la más humilde entre las hijas de Jerusalén y fuiste agradable a los ojos del Señor, Virgen estimadísima, dado que no se encontró en la tierra ninguna otra semejante a ti. Por la tanto me inclino una vez más ante tus pies deseando saludarte y alabarte como es debido con labios devotos y corazón puro.

3) Madre excelsa, demasiado sé que no soy digno de alzar mis ojos impuros, a menudo manchados por la concupiscencia de la carne y por la soberbia de la vida, hacia tu limpidísimo rostro, radiante de luz divina, admirado por toda la milicia celestial. En todo, tú luces espléndida, ornada maravillosamente de cán-

didos velos y rosas rojas y florecillas de oro. Por eso quedo confundido por mi impureza, pensando tristemente en mi indignidad.

4) Por tu clemencia y por tu dulzura, siento aún surgir en mí la grande y fuerte esperanza de poder impetrar cuanto antes la gracia y el pleno perdón, merced a tu intervención y a tu mediación. ¿Y qué otra cosa podría desear de tu parte, misericordiosísima Madre y dulcísima Virgen, fuera de sentirme perdonado de todos los pecados con amor y misericordia?

5) En virtud de esa clemencia y generosidad, me refugio bajo tu amparo, donde los débiles adquieren fuerza y los presos obtienen libertad. Sé para mi corazón Madre buena y misericordiosa, para que pueda experimentar con felicidad que eres la consoladora de todos y el aliciente de los que te sirven.

6) Además, oh María, gloriosísima Madre de Dios, desde este momento y hasta la última hora de mi vida, te ruego que no te canses nunca de mirarme con semblante sereno y propicio y también con dulcísimo afecto, y que jamás sientas fatiga de velar por mí. Ponme bajo tu protección y extiende tus santísimos brazos sobre mí, cualquiera sea el lugar adonde yo fuere.

7) Cuando llegue para mí el último día, que yo ignoro, y la hora de mi muerte, que tanto temo pero que no puedo eludir, tú, clementísima Señora, mi gran confianza en cualquier dificultad y sobre todo en la hora de la muerte, acuérdate de mí. Y asísteme cuando termine mi vida, confortando a mi alma azorada.

8) En ese momento, protege a mi alma de los espíritus inmundos y espantosos, para que no se atrevan a acercarse; y dignate visitarla con tu dulce presencia, junto a la multitud de los ángeles y de los santos. Antes de que yo deje este mundo, comprométete también a aplacar con tus purísimos ruegos a tu divino Hijo, al que tantas veces y tan gravemente he ofendido con mis pecados.

9) Recibe luego al alma que se aleja de este destierro, e introdúcela a través de las puertas del cielo a los dichosos lugares del paraíso. Colócame junto a ti y habla en mi favor al Hijo tuyo, Rey de los siglos, con palabras buenas y suaves, tú que recibiste aquel saludo santo y bendito de la boca de Gabriel. Por su poder dignate protegerme en vida y en la muerte, y haz que yo pueda manifestar a menudo, con reconocimiento y con devoto corazón, tu alabanza y la gloria de tu dulce y bendito nombre.

10) Acepta, entonces, la oración que tu servidor recita ante ti, y mírame, misericordiosísima Madre de Jesús, amadísima Virgen María. Acuérdate siempre de mí, puesto que si yo alguna vez me olvido de ti, quedo por ello muy apenado. No te olvides nunca de mí, tú que has generado la misericordia para todos.

11) Ahora te saludo, oh Virgen María; te saludo de rodillas y con intensa devoción, agradeciéndote con las manos juntas. Además, para que recibas y escuches mi fervorosa oración, te saludaré una vez más con aquel devoto homenaje: "Ave María, llena de gracia, el Señor es contigo, tú eres bendita entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesucristo. Amén".

Capítulo VI
Cantos a María

Quién es María

María es el traslucido vaso
del espíritu Santo Paráclito,
la gloriosa ciudad de Dios,
la mujer de la virtudes
que aplastó a la viperina cabeza.

Más esplendorosa que el sol,
más encantadora que la luna,
más rutilante que la aurora,
con más claridad que las estrellas.

A ella pecadores y devotos
acudimos, entre golpes de pecho,
diciendo: "Santa, Santa, Santa María,
nuestra Señora clemente y pía,
haznos participar por tus ruegos de la gloria del cielo".

Tierna jovencita

Cuán bella eres, tierna jovencita,
cuán delicada y exenta de mancha,
cuán poderosa y eterna Reina,
según atestiguan tus numerosos milagros.

Tú fuiste el vellón sobre la era,
Arca de la alianza, Torre de marfil,
sé tú nuestro escudo salvador,
grano puro sin cáscara.

Dignísima Hija de David,
Virgen la más bella entre las mujeres,
ciudad real y torre fortísima,
defiéndonos de la mala muerte.

Poesía sobre la Bienaventurada Virgen

Ave bellísima Reina,
a quien por gracia divina
exaltó la Trinidad,
la que ni antes ni después
hizo otra más grande.

En tu juventud,
por tus probadas virtudes
el Rey de reyes,
sumo y eterno Dios,
te eligió como esposa.

Un ángel te invitó,
oh maravilla,
tanto le agradaste
y cuando dijo: "Llena de gracia",
como Virgen concebiste,
y Virgen permaneciste.
Y exclamaste: "Hágase en mí
según tu palabra".

Salud y alabanza
de Padres y Profetas,
comentario de muchas Escrituras,
puerta atravesada
y siempre clausurada
de Ezequiel.

Como la zarza que Moisés observó
encendida sin consumirse,
así das a luz al Emanuel,
Virgen que no conoces varón.

Como floreció la vara seca de Aarón
contrariando las leyes naturales,
como el vellocino de Gedeón
maravillosamente se empapó
de rocío celestial,
así en la salvaguarda del pudor,
en la ausencia de dolor
y de la intervención de varón
tú diste a luz,
como atestigua Gabriel.

Salve Ester, por tu intermedio
el rey salvó a Mardoqueo,
matando a Amán el reo.
Tú, Judit, muestras la cabeza
cercenada de Holofernes,
que soberbio soñaba con dispersar
al pueblo de Judá.

Reina, madre del sabio Salomón
que gobierna en Sión,
a cuya diestra estás sentada
como nuestra Abogada,
Virgen clemente y pía,
protégenos, María. Amén.

María prefigurada

Ave Reina celestial,
Admirablemente constituida emperatriz
por la Triple Majestad Divina.

El Rey de los ángeles
y de los santos,
atraído e impresionado
por el perfume de tus virtudes,
descendió dentro de ti.

Tú, alabanza de Padres y Profetas,
tú, de muchas Escrituras
brillante comentario,
y embrujo de los corazones
a causa de tu dulzura.

Puerta cerrada, jamás abierta,
atravesada y siempre clausura,
te describió Ezequiel como te vio.

La zarza en llamas sin consumirse,
que fue admiración del profeta,
te cantó casta y parturienta.

Son figuras tuyas
la vara seca aunque florecida,
el vellocino de Gedeón bañado
en celestial rociada.

Por ti, Ester, a Mardoqueo
el justo judío salva el rey,
y ejecuta a Amán el reo
a causa de su delito.
Con la espada de Judit
abates la soberbia de Holofernes,

que amenaza con la ruina de Judá.

Por el supremo Rey coronada,
Madre clemente, dulce y cara,
sé nuestra Abogada, virgen pía.

Bendigamos y alabemos a Jesús,
que a su Madre María
bendijo en Dios por la eternidad.

La Navidad

Todo el mundo esté de fiesta
con alegría y corazón puro,
sin mancha y sin vicios,
porque es el día del Señor,
que ha nacido de la Virgen.
En el parto de María,
Madre pía,
que el pueblo se alegre
y cada cual le rinda
las más sentidas loas.

Disfruta, hombre, en la tierra
con alborozo y entusiasmo,
dale gracias al Divino Hijo
porque por su auxilio
quedas limpio de la culpa.
Alabanza a ti, feliz Madre,
en cuyo regazo virginal,
nacido por obra del Paráclito;
sin intervención de varón,
el Supremo Creador del mundo
encuentra su descanso.

Los dolores de la Virgen
Bajo la cruz se sienta, en llanto,

la Madre de Dios,
mientras acerca a Jesús
hacia su casto regazo.
¡Cómo llora al mirar
el rostro de su Hijo dilacerado!

Besa con sus piadosos labios
las rojas llagas de Jesús, estrecha con ambos brazos
sus hombros y sus flancos.
Oh María, roja rosa,
blanco lirio,
dulce, pía, amorosa,
aplaca a tu Hijo.

Feliz, lo diste a luz
entre angelicales cantos;
ahora, desprendido de la cruz,
lo estrechas con dolidos brazos.
Alma piadosa, compadece
a Cristo y a su Madre,
si deseas gozar
con ellos en el cielo.

Jesús, Hijo de Dios,
apiádate de mí
por las preces de tu devota Madre,
sálvame por tu cruz,
llévame contigo
al cielo hacia la verdadera luz.

Tú, que al ladrón compungido
prometiste el paraíso,
perdóname a mí, pecador,
redimido por tu sangre.
Hijas de Jerusalén,
vengan y vean;
conviértanse al Crucificado
y pónganse a llorar.

Gema de pudor

María, fidelísima guardiana
de su propio pudor,
como tórtola huía,
y en la soledad del corazón vivía
como en pequeño nido de candor.

Guiaba sus pensamientos
con santa meditación,
hacia la posesión
de consumada virtud
y hacia los frutos de contemplación.

Así la dulcísima María
era amiga del sosiego,
gustaba el permanecer en casa
en vez de salir a la calle.

La muy humilde María
odiaba los tumultos,
huía de las aglomeraciones
para no sufrir detrimento
ni en su alma ni en su buen nombre.

Gema de pudor,
concédenos vivir así.

La belleza de María

La he visto bella como una paloma
que subía sobre
los espejos de las aguas,
y su inestimable perfume
fluía a raudales de sus vestes.

Como días de primavera
la ceñían pétalos de rosas
y lirios de los valles.

¿Quién es esta
que sube del desierto
como nube de humo,
con aromas de mirra y de incienso?

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo...
Como días de primavera
la ceñían pétalos de rosas
y lirios de los valles.

María nuestra salvación

Vara de Jesé,
que produces fruto y flor,
lámpara en el cielo resplandeciente
y benigna para todos,
haz que se vuelvan
fervorosos con Dios
nuestros corazones tibios para el bien.

Tú fuiste lirio entre las espinas
y flor de los valles,
eres puerto que da alivio,
eres siempre remedio para el mal.

Apresúrate, oh Madre,
muestra la inmensa misericordia,
ofrécele al Hijo
el pecho y el regazo,
y a nosotros impétranos perdón.

Mira a la Estrella

Si surgen en contra de ti
los vientos de la tentación,
no temas tú:
recuerda y mira
a la Estrella del mar,
invoca a María, Madre de Dios.

Si ella te sostiene, no caerás;
si ella te protege,
no te dañará el enemigo.

Mira a la Estrella del mar,
invoca a María.

Haznos dignos

Ave, Virgen gloriosa,
excelsa esposa de Dios,
loable, famosa y cara
a todos los humanos
por la flor de castidad
con que venciste toda seducción
del imperio de Satán.

Haznos dignos de elevar
hasta ti el canto, y de apagar
los incendios de lujuria.

Decidida despreciaste
toda inútil vanidad,
buscando al Rey de reyes
con anhelo sublime,
por lo que con ello mereciste
alegrarte y adornarte
de inefables collares.

Haznos dignos...
En el fulgor de tus gemas
imitaste al casto Cordero,
para amar con fruición
al que, siendo todavía jovencita,
llevaste en ti con júbilo.

Haznos dignos...
De sus ansiados abrazos
el calor al fin recibiste, oh Reina;
sigue a tu amado Hijo
con las vírgenes sagradas,
cantando con dulzura.

Haznos dignos...

La Madre de la misericordia

Yo soy la Madre de la misericordia,
colmada de amor y de dulzura,
soy la alegría especial de los santos,
porque soy buena.

Vengan a mí ustedes que me aman,
y en el seno de mis consuelos
se sentirán saciados,
porque soy buena.

La excelencia de María

Grandísima y múltiple
es la excelencia de la vida
de la Santísima Virgen María.

Su persona y conversación
Sobresalen por su profunda humildad,
por su castidad sublime,
por su inmensa caridad,
por su generosa misericordia y piedad con todos...

Oh venerable Virgen,
con justicia eres bendecida como nadie
por los eternos siglos.

Salve, Reina de los cielos

Salve, Reina de los cielos.
 Salve, Señora de los ángeles,
 sagrado retoño y puerta feliz,
 de donde despuntó la luz del mundo.
 Oh gloriosa, que disimulas
 los delitos de la gente,
 melodía para las tristes multitudes,
 eres el libro de la ley para el pobre,
 el texto y el comentario:
 rosa y prosa, Madre del Sumo Rey.

"Disfruta, Virgen gloriosa,
 hermosa más que ninguna".
 Salve, puerta de la esperanza,
 perfumada como una rosa,
 palmera, flor de las vírgenes,
 paz del reo después de la tormenta,
 eres ley con gracia a los condenados
 les traes la amnistía.

"Salve, oh bellísima".

Luz excelsa y virginal,
 refulgente como la aurora,
 que subes hacia el templo eterno,
 ruega por nosotros,

para que la hora de la muerte
 nada perverso
 encuentre en nosotros.

"Ruega a Cristo por nosotros".

"Alégrate, oh Reina del cielo"

En ti la razón se asombra,
 Virgen Madre,
 por quien la estirpe de Adán
 está reconciliada
 y tú, por divino dictamen
 santificada,
 según el anuncio de Gabriel
 eres elegida por Madre.

"Resucitó como había dicho,
 ialeluya!
 Ruega por nosotros al Señor,
 ialeluya!".

No sometida a humanos contactos
 y, sin embargo, embarazada,
 incólume a todo vicio,
 bien recibida por tu pureza,
 maravillosamente exaltada
 al palacio del cielo,
 llévanos, oh Bienaventurada,
 al regazo de la paz.

María Reina y Puerta del cielo

Salve, oh Virgen,
 esperanza de los pecadores,
 Madre del eterno Rey,
 de ellos rompe las cadenas
 con tu oración,
 oh Señora.

Salve, oh Virgen, no te demores,
 apresúrate en abrimos las puertas,
 ordena que entremos contigo
 en la gloria del cielo.

Salve, oh Virgen, amada de Dios,
 sé nuestra Abogada,
 tú, que eres llamada Estrella del
 mar que conduce al cielo.

Reina y Señora del mundo

Salve, oh Señora del mundo,
 única sin iguales;

te rogamos que el Señor
 sea aplacado por ti,
 él, quien por nosotros
 quiso encarnarse en ti
 y ser cruelmente traspasado
 en el leño de la cruz.

Salve, oh llena de gracia,
 Señora de los ángeles,
 consoladora de todos
 y esperanza de los desgraciados.
 Estás muy encumbrada
 en el Reino de los cielos.
 Te rogamos que borres
 las manchas de nuestros pecados.

Salve, oh Madre de Jesús,
 totalmente graciosa,
 Virgen prudente y humilde
 y toda virtuosa;
 entre las hijas de Sión
 eres deliciosa;
 condúcenos a las gloriosas alegrías
 del cielo
 Amén.